

johnny garland

la noche de la medusa

JOHNNY GARLAND

La noche de la Medusa

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 39.584 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

"…Y cuando los hombres volvían
su cabeza y contemplaban a
la Medusa, sus cuerpos se tornaban
en piedra, y se quedaban inmóviles,
hechos estatua por toda
la Eternidad…"

De la Mitología griega

Y ahora, un poco de Mitología…

«Hesiodo habla de las Tres Gorgonas. Tres monstruos femeninos de la Mitología griega, de los que Homero solamente menciona a uno, espantosa criatura que moraba en Hades. Según Hesiodo, sus nombres eran Estenea, Euriaba y Medusa, que habitaban en el Océano Occidental, aunque posteriores leyendas las sitúan en Lybia. Se las describe siempre rodeadas de culebras, aladas y provistas de aceradas garras y enormes dientes. Medusa, la única hermana mortal, fue antes hermosísima.

Pero esa bellísima doncella, Medusa, de las Tres Gorgonas, fue transformada por la Diosa Atenea, que convirtió su cabello en serpientes, porque había concebido dos hijos de Poseidón, en uno de los templos de la propia Diosa.

Entonces, convirtióse en un ser tan horrible, que cuantos la contemplaban se convertían en piedra.

Perseo, le dio muerte y le cortó la cabeza, que Atenea colocó en el centro de su escudo de armas, como premio al valor y voluntad del héroe.

Así, la única Gorgona mortal, Medusa, cayó en manos de Perseo, que venció la tentación de mirarla, evitó transformarse en un hombre de piedra más, y obtuvo esa victoria sobre la espantosa criatura castigada por la Diosa.»

CAPÍTULO PRIMERO

FICHA ESPECIAL

(*Federal Bureau of Investigation*) —N. D. D. (National Defense División)— F. D.-S. A. —Foreign Departament-Special Affaires.)

Nombre: Milton Mann.

Nombre-clave: Super-Agente Federal Especial, «SPY-99».

Datos personales: Consultar *dossier* SPA/1.008.

Datos técnicos: Superdotado todas especialidades.

Mente y físico fuera de lo común. Facultades supersensoriales. Telépata, vidente y memoriógrafo. Inmune a drogas, por envenenamiento paulatino y gradual, que insensibilizó sus tejidos.

Calificación humana, física, técnica y mental: casi un «cyborg». Un superhombre, de apariencia normal. Fuera de serie en todo. Prácticamente, un arma demoledora, con apariencia humana.

Harry Layland, inspector-instructor jefe del F.B.I., sonrió, tirando la cartulina ante el doctor Warden, técnico en Medicina Legal, Biología e Investigación de Laboratorio, en la Oficina Federal.

—Ahí tiene al hombre —dijo—. Es lo que busca el Presidente, ¿no es cierto?

El doctor Warden afirmó lentamente, tras echar una ojeada a la ficha examinada.

—Si él no lo hace, nadie va a hacerlo —señaló.

—Es lo mismo que yo he pensado. Entregué los datos a la

computadora, perfectamente programada para responder. Mezclamos hasta diez veces esa ficha, con otras cien diferentes en cada ocasión. La computadora insistió esas diez veces en la selección de la ficha. Siempre fue la misma: la de Milton Mann.

—Por tanto, solamente él puede hacerlo.

—Teóricamente, así es —suspiró el inspector Leyland—. No soy una persona entusiasta de la cibernética. No creo en la infalibilidad de los cerebros artificiales, creados a base de electrónica. Pero el Departamento, cuando hay dudas, exige que se recurra a ese selector programado. Así se hizo, con la asistencia de diversos jefes de División, y del propio Hoover y del vicepresidente, representando a la primera autoridad de la nación. El resultado está ahí. Es Milton Mann el elegido.

El vicepresidente ha leído su ficha. ¿Sabe qué dijo?

—No, pero lo imagino.

—Dijo escuetamente: «Bueno, ¿a qué esperan ahora? Ya tienen a su hombre. Adelante con todo eso.»

—¿Se lo ha dicho ya a Mann?

—Tengo que ir a su casa a decírselo.

—¿Su casa? ¿Dónde vive ahora?

—Compró una propiedad en Coney Island. Creo que la ha decorado a estilo oriental, y allí practica el yoga, la filosofía y todo cuanto conoce sobre las prácticas esotéricas de Asia. Es un tipo raro. Magnífico, pero raro. Eurásico, criado en el Tíbet, entre lamas misteriosos y poseedores de extrañas facultades, con una gran fortuna personal, una cultura amplísima, una educación filosófica, política y religiosa de primer orden, refinadas costumbres, *gourmet* exquisito… En suma, doctor Warden, no he conocido jamás a un hombre como Milton Mann. Ni creo que nadie lo conozca, en lugar alguno de este mundo o de cualquier otro.

—Es lo mismo que yo pienso. ¿Por qué se hizo agente federal en realidad?

—Creo que por aburrimiento. O por deporte. Le gusta hacer algo práctico, en bien de los demás. Si es arriesgado, si exige afrontar peligros, mejor que mejor. Así es, en realidad, nuestro hombre. Y así hemos de aceptarlo, nos guste o no.

—¿Hubo anteriormente algún agente federal como Milton Mann?

—A eso, doctor, podría yo responderle de otra forma, con una pregunta casi idéntica: ¿hubo alguna vez un hombre como Milton Mann?

El doctor Warden se encogió de hombros, y luego meneó negativamente la cabeza.

—No —confesó—. Me temo que no, Leyland…

El inspector-instructor jefe, Harry Leyland, de

la División de Defensa Nacional de los Estados Unidos, Departamento Extranjero, Asuntos Especiales —más bien *especialísimos*, si no hubiera sido una definición demasiado larga para la burocracia y trámites habituales del Federal Bureau of Investigation en Washington, D.C.—, paseó por la habitación, hasta muy cerca de la ventana asomada a las amplias zonas verdes de los parques del Museo Smithsoniano, el New National Museum y demás centros culturales extendidos en la bellísima, larga extensión alfombrada de césped y plantas, que conducían más arriba, al Capitolio presidencial.

—Milton es un ser fabuloso —comentó el inspector entre dientes, como si se limitara a dar curso a sus pensamientos en voz alta—. Milton es algo fuera de lo común, pero en todos los sentidos. Física, moral, intelectualmente, no tiene rival. Su cultura es amplísima, sus conocimientos enriquecidos con la sabiduría oriental que sólo unos pocos iniciados conocen en el mundo… Pero aparte de todo eso, lo sorprendente en él es que parezca un agente más, uno cualquiera. Su fuerza física queda disimulada por su esbeltez, su poder muscular por su elegancia y flexibilidad, su estatura por la armonía de su figura toda. Y su rostro, mezcla de europeo y asiático, posee la ductilidad de los grandes artistas teatrales, pudiendo cambiar rápidamente de gesto, con su enorme dominio de sus facciones, e incluso parecer totalmente europeo para nosotros… y puramente oriental entre los orientales. Eso le ha permitido desdoblarse muchas veces, en misiones de espionajes en cualquier latitud, con un éxito asombroso. Por otro lado, sus dotes telepáticas, su profundo conocimiento de esa rama científica tan poco cultivada como es la parapsicología, hacen de él un superdotado mental, al menos a nivel de los demás seres humanos. Él asegura que no es un monstruo, y posiblemente tenga razón. Es modesto frío y sereno. Pero de cualquier modo, no puede negarse que es un fenómeno

entre los humanos… pese a que considero acertada su explicación: si todos sufriéramos igual educación y control de nosotros mismos, todos podríamos ser iguales a él. Por la sencilla razón de que, pese a que le definimos como Super-Espía, y sus compañeros como «Superhombre», no hay duda de que no lo es, sino simplemente un hombre que ha intentado perfeccionarse física y mentalmente en la mayor proporción posible, dentro de las facultades del ser humano. Algo que muy pocos intentamos en la vida, por no decir apenas nadie, salvo los yogis y los lamas.

Hubo una pausa. El doctor Warden asentía con suave movimiento de cabeza. Después, suspiró, comentando con voz pausada:

—En suma; él va a ocuparse del caso de la Isla Togara Sur…

—Sí. Está decidido. Nadie mejor que él para investigar… Piense que Togara Sur no es sino el prólogo de algo más importante: Akishima Island. Y esa sí que cuenta. Imagine usted que lo ocurrido en Togara… hubiera sucedido más tarde, en Akishima…

—Horrible —se estremeció el doctor Warden—. Podría ser el fin del mundo…

—De hecho, sería el pretexto para ese fin, muy posiblemente —manifestó con pesimismo el inspector Leyland—. Nadie sabe qué consecuencias hubiera reportado eso a la Humanidad, en la actual tensión internacional que nos tiene sobre ascuas, virtualmente sentada toda la especie humana sobre un polvorín, con una mecha entre nuestras manos, y jugando con su fuego, que acercamos estúpida y ciegamente al barril inflamable.

Los dos hombres permanecieron silenciosos unos momentos. Luego, fue el inspector Leyland quien pulsó un botón del cuadro de mandos de su mesa de trabajo, junto al interfono.

En un muro, se deslizaron dos paneles lateralmente, dejando asomar un amplio mapa del área del Este de China, Corea, Japón y el Océano Pacífico. Estaba realizado en una minuciosa escala, con palabras clave o luces de diferente color parpadeantes acá y allá. Tomó un puntero el inspector. Caminó hasta el muro. Señaló un punto donde parpadeaba una luz roja.

—Togara Sur —dijo—. Un pequeño islote, al sur del pequeño archipiélago japonés de las Togara Gunto. Ya ve la señal: peligro. Luz roja: Alarma efectiva para nosotros.

—Sí —suspiró Warden—. ¿Y Akishima?

El puntero golpeó un pequeño punto en el Mar de China, entre las Rykiu, y la costa china continental, y la punta coreana del sur.

—Aquí —dijo, tocando la luz amarilla, la única de ese color en todo el gran mapa—. Esta es la isla. Su nombre lo conoce poca gente, porque figura en escasos mapas. Es una isla volcánica, con un pequeño puerto pesquero. Un lugar ideal para vivir alejado del mundanal ruido, pese a su posición entre tantos países azotados por la violencia de las guerras pasadas, presentes… y posiblemente futuras. Pero menos gente aún sabe lo que significa Akishima. Lo sabemos nosotros, doctor Warden. Y un puñado de personas que no excede la veintena. Más o menos, las mismas personas que sabían previamente de Togara Sur.

Entiendo —suspiró Warden, pensativo—. ¿Qué piensa usted sobre eso?

—Nada —arrugó el ceño Leyland—. Y mucho, doctor. Pero nada cierto, nada definido ni concreto… Prefiero que otros piensen ahora por mí.

—¿Milton Mann?

—Sí, Milton Mann. Pensará mucho mejor y más rápido de lo que yo pueda hacerlo…

* * *

Los ojos de indefinible tonalidad jaspeada, acerados de expresión, recorrieron el paisaje, digno de una tarjeta postal, turística e inefable.

—Una delicia —comentó con voz tranquila—. ¿No opina así, señorita Yeng?

—Un paraíso diría yo —sonrió la educada, correcta y bien parecida señorita Yeng, con el sol brillando con la misma intensidad en sus ojos verdes, parduzcos, almendrados ligeramente, y en la montura delgada, metálica, plateada, de sus elegantes y estilizadas gafas de cristales de escaso aumento, que le daban una gracia especial e intelectualoide a su bonito rostro oriental.

La canoa a motor se meció mansamente en las aguas azules, limpias, espejeantes y de una transparencia increíble. Milton Mann amarró la cuerda de proa en el embarcadero de tablas húmedas,

resbaladizas, con olor a salitre.

Miró. Algo más allá, dos pescadores de amplios sombreros planos, de paja, a la usanza nipona, recogían grandes cangrejos en sus recipientes, tras el regreso de la generosa pesca en los bancos del codiciado y sabroso cangrejo gigante de las costas niponas.

En otro punto, oscilaba suavemente sobre las aguas, en un saliente del embarcadero, entre tablas mojadas y rocas cubiertas de algas, mariscos y musgo, un pequeño yate, capaz de llevar confortablemente, en una larga travesía, a media docena de personas. Su nombre figuraba en la proa, y no tenía nada de japonés:

DELFÍN

—¿Le apetece el cangrejo japonés, señorita Yeng? —preguntó a su acompañante—. Recién pescado, cocido y con una salsa que los japoneses hacen especialmente para ese manjar, es algo delicioso.

—Se me hace la boca agua, tal como usted lo presenta —rió ella suavemente—. Sí, señor Mann. Acepto ese cangrejo. Ahora recuerdo que llevo varias horas sin probar bocado… y que la brisa de mar estimula el apetito.

—Muy inteligente conclusión —rió él, tomándola de una mano, para ayudarla a saltar al embarcadero—. Señorita Yeng, vamos allá. Aquel cobertizo dedicado a comidas marineras, me da muy buena espina.

Se movieron hacia el restaurante marinero, sencillo y humilde, pero pulcro y aseado, bajo toldos de color y cubiertas de cañas. Se acomodaron. Les fueron servidas las raciones del sabroso crustáceo, cocido, y adornado con dos salsas y vegetales de Oriente.

—Para beber, nada de refrescos, leche ni café —dijo enfáticamente Mann. —*Saké*, señorita Yeng. Una bebida japonesa. Alcohol de arroz. Algo excelente para digerir el cangrejo.

Ella asintió, pero el primer trago de *saké* la dejó sin aliento. Tosió, atragantada. Milton lo tomó sin dificultades, saboreándolo. Ambos se miraron. Ella reveló su admiración:

—Señor Mann, usted gusta de todas las cosas buenas. Es un *gourmet*. Y muy fuerte, además. Uf, qué licor…

—No crea que acostumbro a tomar licores —sonrió Milton. —No

son buenos para la mente ni para los músculos. La salud física y mental se resquebraja bajo sus efectos. Pero sabiamente dosificado, hasta el veneno es beneficioso.

—¿El veneno? —se asombró ella, mirándole curiosa a través de sus gafas.

—Recuerde que se usa en farmacia. Otro caso, es el de la persona habituada a ingerir dosis de veneno que, paulatinamente, fue aumentando, en forma mínima. Termina ingiriendo sin reacción alguna, una dosis que para cualquier otro resultaría mortal. Es mi caso.

—¿Su caso? ¿Bromea?

—En absoluto, señorita Yeng —miró Mann a su alrededor discretamente. Estaban solos los dos. El cocinero y camarero japonés, todo en una pieza, cocía más cangrejos en la cocina situada al fondo del establecimiento—. Eso me inmuniza contra ciertos ataques. Ya algunas veces me salvó la vida. Fui envenenado, sin consecuencias. La gente entonces me toma por un brujo, o poco menos. Y no hay tal. No existe prodigio alguno ni causa sobrenatural de ninguna especie. Lo que sucede, es que el hombre, habitualmente, desprecia el noventa y cinco por ciento de su capacidad natural para cualquier cosa.

—Entiendo —suspiró ella, moviendo la cabeza, y atacando los fragmentos de una larga pata de cangrejo gigante del Japón—. No pretende ser un superhombre. Pero empiezo a creer que lo es, y su modestia natural no le deja reconocerlo.

—Se equivoca conmigo, señorita Yeng —rió entre dientes Milton Mann—. Son los demás los que juzgan así a la ligera. Un atleta dotado de más recursos que otro, dicen que es una máquina y no un hombre. Ateniéndonos a esa simplista afirmación… yo sería un «cyborg».

—¿Y… no lo es? —sonrió curiosamente la señorita Yeng.

—En absoluto —negó él, rotundo, con cierto enfado—. Soy un ser humano que gusta de hacer todo aquello que su cuerpo y su mente le permite en buena lógica, con un racional sentido del sometimiento a un sistema, un método y una voluntad férrea. Eso es todo. ¿Quién le dijo que yo era un superhombre? ¿Mis amigos de la oficina?

—No —negó ella—. Mis jefes de las Naciones Unidas, señor

Mann.

—Ya —Milton Mann rió entre dientes, sacudiendo la cabeza—. Las Naciones Unidas… los, qué clasifican concepto de las cosas…

—Parece que es inevitable que usted levante esas polvaredas —la señorita Yeng probó el *saké* con mayor precaución ahora, y además de no toser, lo saboreó, con gesto de deleite. Dejó su taza de licor japonés, para entrelazar sus manos, mirando directamente a los ojos inquietantes, inexpresivos y fríos, de su singular compañero de viaje—. El hecho es que ya hemos llegado. Estamos aquí, en Oshima Shoto. ¿Y ahora… qué?

Milton Mann dirigió lentamente su mirada hacia el azul marinero, que se perdía en el horizonte, entre unas nubes blanquecinas, en una línea recta, inmensamente azul.

—Ahora, unas pocas millas nos separan de Togara Sur —dijo—. Cuando lleguemos allá, empezará realmente la tarea. Saboree su cangrejo, señorita Yeng. Es posible que estos sean los últimos minutos realmente apacibles de que disfrutemos por un período de tiempo indefinido.

—Es lo que estaba pensando —retiró el plato de crustáceo, con un suspiro—. Y me ha quitado de repente el apetito.

—Mal hecho —Mann siguió comiendo la banca fibrosa, envuelta en su salsa y mezclada con los vegetales—. Es posible que necesitemos todas nuestras energías en esa isla, señorita Yeng. Y recuerde: allí no será usted una funcionaría del Departamento de Control Internacional de las Naciones Unidas, ni tampoco yo un agente especial de Contraespionaje del F.B.I. Seremos, simplemente, el escritor exótico Milton Mann, y su no menos exótica secretaria y amante oficial, Suzzy Yeng.

—Todo está muy bien hasta ese término de «amante oficial» —dijo ella, pensativa—. No me gusta demasiado.

—Lo creo —rió Milton—. Pero tenga en cuenta que es lo que pensará todo el mundo. Un tipo joven, no demasiado feo; una dama muy joven, encantadora, bella y bien formada… Viajando juntos, colaborando juntos… Por Dios, la maledicencia humana no tiene límites. Usted misma podrá hacerse su composición de lugar, ¿no es cierto?

—Desgraciadamente, tiene razón —los ojos almendrados le miraron irónicamente—. Pero supongo que eso formará también

parte de la comedia, ¿no, señor Mann?

—Evidentemente, señorita Yeng, no seré su amante en momento alguno… mientras usted no me lo pida —soltó el agente especial una carcajada.

Ella no supo si abofetearlo o reír. Y terminó por unir su carcajada a la de él, comprendiendo que la broma de su compañero, carecía de malicia. Le bastó recordar lo que le dijeran el inspector Leyland, del F.B.I., y un alto funcionario de la ONU, antes de salir de Nueva York hacia San Francisco, para unirse allí a Milton Mann en el viaje a Oriente:

—Mann es un hombre turbador para las mujeres. Pero rara vez las hace caso. Y si así lo hiciese, es como parte de su trabajo, porque sabe que le conviene para obtener datos, informes o cualquier noticia útil para la misión encomendada.

La joven Suzzy Yeng, nacida en Shanghai, de madre inglesa y padre oriental, atacó de nuevo su cangrejo japonés. Y la taza de *saké.*

Empezaban a gustarle los manjares japoneses. Y empezaba a gustarle Milton Mann, conocido en el código cifrado federal como el superagente «SPY-99».

Pero por el momento, esto último formaba parte de lo prohibido. Por muy «amante oficial» que fuese a ojos de los demás…

CAPÍTULO II

Los guardacostas japoneses patrullaban en torno a Togara Sur, a prudencial distancia. Hacían identificarse a todas las embarcaciones previamente. Cada embarcación debía emitir un santo y seña o frase clave, proporcionada por el Servicio de Seguridad del Gobierno de Tokio.

Mann contaba con esa frase-clave. La emitió por radio y por altavoces a los guardacostas, cuando fue conminado, a cosa de una milla de la costa de Isla Togara Sur.

Se le autorizó a pasar. La canoa a motor con cabina para dos, virtualmente un pequeño yate íntimo, movido por motor especial, penetró en las aguas de Togara Sur, la pequeña isla meridional del archipiélago de Togara Gunto.

En el embarcadero, la abundancia de militares y policía militar japonesa, así como de hombres de paisano de raza blanca, denotaba que las cosas no estaban normalmente en el islote. Su apariencia tranquila, su pintoresco embarcadero, su zona marinera y sus arrecifes cercanos, ricos en mariscos, como todas aquellas islas y litorales, desmentía en principio esa sensación. Pero era obvio que algo sucedía o había sucedido. Las medidas de seguridad eran estrictas.

Mann saltó a tierra. Ayudó a bajar a Suzzy Yeng, tendiéndole su mano. Se presentó a un oficial japonés de servicio, que le saludó con la cortesía propia de su raza.

—Soy Milton Mann, enviado especial de la cadena de publicaciones *Enterprise* — informó el federal, mostrando sus credenciales, perfectamente adaptadas a esa supuesta profesión. Y tan legítimas como las verdaderas, puesto que no se trataba de una falsificación, sino de documentos hechos por el propio Gobierno, aunque fuese al servicio de una falsa identidad. —La señorita Yeng es mi secretaria y mecanógrafa.

—Es un placer conocerle, señor Mann —expresóse el japonés—. Evidentemente debe ser su empresa muy influyente, para haber logrado de su Gobierno y del mío, la doble autorización para llegar

aquí, tan difícil de obtener por un civil que no pertenezca a fuerzas de seguridad o cosa parecida. ¿Es que piensan publicar realmente lo que sucedió aquí?

—Ante todo, ¿qué sucedió? —y Milton amplió su sonrisa con cierta ironía.

—Tiene razón —suspiró el nipón—. Eso quisiéramos saber todos. ¿Qué sucedió? Resulta extraño todo. Incluso fantástico… pero ocurrió. Aunque no sepamos *cómo*.

—¿Ningún indicio, ninguna pista?

—Nada, señor Mann. Aquí, en esta isla… En fin, venga conmigo. Lo podrá ver por sí mismo, aunque no resulte un espectáculo nada agradable. Creo que la señorita Yeng puede abstenerse de verlo. No le hará ninguna falta, créame.

—Conforme —asintió Milton. Miró a su acompañante—. Usted quédese con estos caballeros. Yo iré a ver lo que ha sucedido.

—Sí, señor Mann —aceptó ella, dócil, disimulando con habilidad su decepción por ser dejada al margen—. Le estaré esperando. Si quiere su cámara fotográfica o de filmación…

—Lo siento —cortó el militar japonés con sequedad, haciendo un gesto—. No puede llevar cámara alguna, ni siquiera usted. Prohibición tajante de los dos Gobiernos, señor Mann: el de Washington y el de Tokio.

—Bien —sonrió Mann, inclinando la cabeza—. Acepto las normas.

—Señor Mann, somos japoneses —dijo con ironía el militar de piel aceitunada—. Sabemos lo infinitamente pequeña que puede ser una cámara, y lo fácil que sería llevarla oculta. Por algo fabricamos toda clase de objetos de óptica y electrónica a un tamaño con el que nadie puede competir. Deberá perdonar si le registran mis hombres… Es una precaución obligada, antes de visitar esta isla.

—Parece que no hay otro remedio —suspiró Milton, alzando sus brazos—. Llevo una cámara. Diminuta. En mi pitillera. Puede tomarla.

—Gracias —sonrió sardónico el japonés.

Y no solamente fue esa, sino otras dos cámaras más, todas de reducido tamaño, las que el hábil registro nipón le quitó de encima. Milton Mann se mostró defraudado al final, ante la sonrisa de triunfo del japonés.

—Muy astutos los reporteros en estas cosas —dijo. —Pero no pueden engañarnos.

—Supongo que sí podré fumar, al menos —señaló Mann a sus cigarrillos y sus fósforos en una carterita, junto al encendedor-tomavistas y el llavero fotográfico.

—Solamente con fósforos —asintió el japonés, riendo. Y le tendió los cigarrillos, en número de cinco exactamente, todos con filtro plateado—. Yo fumaré uno, si me permite.

—No faltaba más —le vio tomar un cigarrillo. Se lo encendió, brillante su mirada inexpresiva. Luego, él tomó otro cigarrillo, que prendió indiferente, echando a andar al indicarle el japonés:

—Cuando guste, señor…

Emprendieron la marcha. Suzzy Yeng les vio partir, con gesto de disgusto. Resignadamente, volvió al embarcadero y subió a bordo de su embarcación.

Milton Mann hizo un rápido registro de la cabina.

Suzzy Yeng captó su gesto vivo al tocar un punto de la estancia, junto a las cortinillas y el ojo de buey abierto. Cerró éste suavemente, y habló en voz alta:

—Uf, me siento cansado… Será mejor descansar un poco, Suzzy, cariño… Ven, acuéstate conmigo.

Ella captó su centelleo en los ojos. Siguió su mirada hacia el ángulo de la cabina. Y entendió.

—Sí, amor —susurró—. Es tan duro tener que ser solamente tu secretaria ante la gente… Solamente cuando estamos a solas podemos ser nosotros mismos…

—Querida, hemos de tener cuidado. El divorcio de mi esposa no está aún concedido. No quiero que, oficialmente, pueda ella probarme adulterio y exigirme una indemnización que me arruine. Lo haremos así. Inteligentemente. Además, el escándalo me haría perder en ese caso mi trabajo en la cadena editora *Enterprise*. Supongo que no querrás eso…

—No, no, amor, sólo te quiero a ti… —se puso sobre el lecho, haciéndolo crujir. Luego, se quedó erguida, mirando a Milton con fijeza. Él se inclinó sonriente.

—Te adoro… —la tomó en .sus brazos, ella sofocó un leve grito, y la cubrió la boca con la suya.

El beso duró tiempo. Sus labios chascaron suavemente al

despegarse. Rápido, en tanto ella respiraba agitadamente, Milton Mann le hizo un gesto de silencio, se subió sobre el lecho de la cabina de su canoa a motor, y manipuló en el punto donde antes investigara.

Su manipulación duró cosa de un minuto. Luego, saltó al suelo, satisfecho.

—Un micrófono —dijo sonriente—. Tengo especial sensibilidad para localizarlos. No había más que uno.

—¿Y era necesario todo eso? ¿Incluso… el beso?

—Necesario —rió él—. Produce un ruido peculiar, cuando el micrófono es tan sensible como ese… La escena, de otro modo, no hubiera tenido realismo suficiente.

—No me convence mucho esa explicación…

—Pero es la verdadera —él se acercó a la mesa plegable de la reducida cabina, tras haber corrido la cortina opaca de ojo de buey y cerrado la puerta cuidadosamente—. He desconectado el micrófono. Luego lo conectaré de nuevo. Este silencio les hará creer que dormimos apaciblemente. El capitán Matsu Sakai, de la Seguridad Militar japonesa, que es el que nos recibió y quien fue mi anfitrión en el viaje a la isla, es un hombre muy astuto. Y muy desconfiado. Debió indicar de algún modo a sus hombres que instalaran ese micrófono desde el agua, por medio de hombre-rana. Sospecha de nosotros.

—¿No puede revelarles su identidad real, señor Mann?

—No, no puedo. Ni usted tampoco —el gesto de Mann era severo—. El Gobierno piensa que pudo haber un traidor aquí. Americano, de cualquier otro país… incluso japonés. No quiere dejar nada al azar. No hay nadie fuera de sospechas.

—Entiendo —le miró con profundo interés en sus ojos verdes, rasgados y hermosos—. ¿Qué logró ver en su viaje por la isla?

—El secreto de este lugar. Ya lo conocía, naturalmente, pero quería verlo. Solamente se me mostró una parte. Ciertamente, no le hubiera gustado verlo. Pero si lo desea…

—¿Es que me autorizan ya a visitar Togara Sur, sin traba alguna? —se sorprendió ella.

—Ni lo sueñe. Soy yo quien le invita a ver lo que vi… sin moverse de aquí.

—No le entiendo bien…

—Ahora lo entenderá.

Millón Mann manipuló en algo que había dejado antes dentro de un recipiente negro, una especie de bolsa de plástico rígida, de forma cubicular. Luego, informó, sacando algo a la luz.

—Un pequeño film, ya revelado automáticamente. La película que capté en mi viaje.

—No es posible… ¡Le quitó *todas* las cámaras!

—Todas las que ellos podían descubrir sin demasiadas dificultades. Yo tampoco olvidaba que son japoneses y de eso entienden como nadie —sonrió Mann—. En el único lugar en el que no se le ocurrió mirar, fue precisamente donde estaba la cámara: el cigarrillo.

—¡El cigarrillo!…

—Corrí el riesgo de que él fumase el cigarrillo en cuyo filtro iba la micro-cámara. A veces, el F.B.I., hace cosas aún más pequeñas que los propios japoneses, si el Departamento lo desea y lo necesita. Cuando la brasa se extinguió, en cierto momento, quedó el objetivo al descubierto. Y filmó todo, detalle por detalle, hasta que fingí tirar el cigarrillo y lo guardé en mis bolsillos. Ahora, el microfilm, ampliado por un proyector especial, le va a mostrar lo poco grato que hay en esta isla en los momentos actuales…

—Me asusta usted…

—Más se va a asustar cuando lo vea —la advirtió él—. Ahí va la proyección. Es corta, desde luego. Muy corta. Pero usted entenderá…

Apagó la luz de la cabina. Puso el diminuto film en una pequeña proyectora de gran lente. Surgió en una pantallita la primera imagen.

La cámara se movía, oscilaba, sin duda a cada paso o movimiento de Milton Mann. Pero la imagen, en color, era muy nítida. Y muy aumentada.

Paso a paso, ella asistió al desfile de imágenes. Calles desiertas, militares japoneses haciendo guardia acá y allá, algunos paisanos y militares norteamericanos… Ni un nativo, ni un pescador, ni un habitante del lugar.

Luego, pasaron el umbral de una entrada. En japonés, se podía leer: «CANTINA». Suzzy Yeng conocía lo suficiente el nipón para entenderlo.

Abrió mucho los ojos, tras el reflejo terso cíe sus gafas.

La cantina estaba allí, ante sus ojos, bastante bien fotografiada. Y en sus mesas, en su mostrador, en sus asientos, había gente. Personas del pueblo, japoneses de ropas sencillas, de gorros de paja, cónicos, como casi todos los pescadores de aquellas regiones…

Sólo que todos estaban quietos, rígidos, inertes. Con los ojos vidriosos fijos en alguna parte indefinida. Nadie se movió al entrar Milton Mann, con su microscópica y oculta cámara de filmación entre los labios.

Eran como peleles, igual que maniquíes. Inmóviles, petrificados, yertos.

—Cielos, parecen dormir todos un sueño extraño…— murmuró Suzzy Yeng. —Como hipnotizados, diría yo.

—*Parecen* hipnotizados —asintió «SPY-99» con voz grave—. Pero en realidad *están muertos*.

* * *

—Muertos… ¡Todos muertos!

—Todos, sí. Una extraña muerte inexplicable. Pero cierta.

—¿En todas partes igual?

—Igual —afirmó Milton Mann, sumergiéndose de nuevo en el azul límpido, cristalino.

Suzzy Yeng se cubrió el rostro con su máscara de inmersión, y se lanzó en pos de él, hendiendo el azul de las aguas con su cuerpo, ajustadamente ceñido por la goma de color amarillo, en contraste con el negro lustroso del atavío submarino de Mann.

Maniobraron, en fantásticas evoluciones, por entre riscos submarinos, campos de algas y bandadas asustadizas de bellísimos peces exóticos. Algunos crustáceos de gran aspecto huyeron vertiginosamente entre las rocas y arena del fondo, mientras el *ballet* acuático de los dos inmersionistas proseguía, y finalmente emergían ambos, algunas yardas más allá, cerca ya de la canoa que se mecía en las aguas.

Suzzy lanzó un grito. Alzó su máscara, viendo emerger a Milton, a menos de diez yardas de ella.

—¡Señor Mann, qué pieza! —exclamó jubilosa—. ¿Cómo lo hizo?

Milton Mann rió, agitando en su mano la hermosa langosta, cuyas patas y antenas se movían desesperadamente.

—Estas aguas son generosas —dijo, divertido—. Ya tenemos almuerzo… Yo me ocuparé de hacer la salsa, después de poner la langosta a la plancha… Creo que encontraremos caviar en el refrigerador…

Nadó hasta él. Subió a la cubierta, ayudado por Milton. Él había dejado ya la langosta viva, dentro de una bolsa de red, donde inútilmente se agitaba el crustáceo.

—¿Cómo puede dedicarse a pescar langosta… con *eso* en tierra? —señaló ella hacia el litoral del islote, extendido ante ellos, a muy escasa distancia.

—No resucitarán esos infelices con que nosotros desfallezcamos de apetito —se encogió de hombros Milton Mann—. Cocinaremos un manjar exquisito, ya verá.

—Señor Mann, ¿no le preocupan esas muertes? ¿Cuántos cadáveres habrá en realidad en ese pueblecito pesquero, en toda la isla, en suma?

Mann se despojó de la caperuza y máscara submarina. Soltó la cremallera de su traje de inmersión, emergiendo el torso atlético, musculoso pero enjuto y fuerte. Sacudió la cabeza.

—Yo he calculado unos setenta habitantes en el pueblo pesquero. La isla tiene unas dos millas cuadradas. Algunos caseríos, muy pocos. El capitán Matsu Sakai calcula que vivirían unas treinta personas más, dispersas por el interior.

—Casi un centenar de muertos… —gimió Suzzy, cerrando sus ojos exóticos.

—Ponga más —dijo gravemente Milton, inclinándose a coger la langosta con mano firme—. Recuerde que cincuenta militares y civiles de diversos países, y cinco miembros de las Naciones Unidas, murieron aquí esa misma noche, de idéntica extraña muerte. Y que los seis hombres más importantes de la Tierra… desaparecieron sin dejar rastro: el Presidente de los Estados Unidos, el Primer Ministro de la Unión Soviética, el Mariscal de China Roja, el Premier británico, el Presidente de la República Francesa… y el Secretario General de las Naciones Unidas, mi querida señorita Yeng… Todos ellos *desaparecieron de esta isla,* donde solamente quedaron cadáveres sin heridas ni sangre…

—Lo sabía… —musitó ella, muy pálida, dejándose caer en el saliente de la cubierta, sobre la cabina—. Lo sabía, sin muchos detalles. Dios mío, es horrible…

—Horrible —asintió Mann—. E incomprensible. Disparatado, diría yo. Una reunión en la cumbre, estrictamente secreta, de la que el mundo nada sabe, de la que ha de salir la paz definitiva, con buena voluntad por parte de todos… que sin embargo es descubierta, aniquilado todo el mundo en torno a esa reunión… y desaparecen sus componentes.

—Eso significará… la conflagración mundial. Cada Gobierno hostil se acusará mutuamente entre sí y…

—Exacto. Esa es la situación —Milton Mann suspiró, contemplando cómo se agitaba en su mano el crustáceo pescando en las profundidades—. Mejor dicho, esa sería la situación… si se tratase de las auténticas seis personas citadas. Menos mal que los desaparecidos no eran sino seis «dobles», seis contrafiguras de los auténticos hombres de gobierno decididos a reunirse en un lugar del Pacífico.

—¿Quiere decir que… que no eran realmente ellos?

—No, no lo eran. Se trataba solamente de un ensayo. Una prueba, un experimento. No pudo resultar más desastroso. ¿Se imagina lo que sucederá realmente… si en la próxima fecha secreta elegida para reunirse los *auténticos* Seis Grandes del mundo actual… *esto se repitiese*?

—Dios mío, no quiero ni pensarlo…

—Yo tampoco —Mann se encaminó a la cabina, sin soltar al crustáceo—. Voy a preparar el almuerzo, señorita Yeng.

Ella, asombrada, le vio entrar en la cabina, con el crustáceo en su mano. Parecía no creer posible que aquel hombre, en circunstancias tan dramáticas y peligrosas, tuviera aún interés en su langosta y todo aquello. Así era, sin duda alguna, Milton Mann.

Y así había que admitirlo.

* * *

Marcus Lennox. —Agencia Central de Información (CIA).

Mayor Edwin Orwell, Jr. —Servicio de Inteligencia Militar del Pentágono.

Duncan Palmer. —Departamento de Seguridad Personal de la Casa Blanca.

Stephen Thatcher. —Military Intelligence Británica (M.I.5.).

Alexei Malenko. —Contraespionaje soviético. (SMERSH).

Coronel. —Seguridad del Estado del Gobierno de Pekín.

Marcel Montagne. —*Deuxiéme Bureau* francés.

Era la lista completa. Siete nombres. Las siete únicas personas que, aparte las seis interesadas en la reunión, y un reducido y fidelísimo cuerpo de policía internacional formado por unidades escogidas de cada país, formarían el pequeño círculo metido en el secreto de la reunión cumbre, la mayor de toda la Historia del Mundo, posiblemente.

Los demás, militares y unidades de seguridad, pilotos y marinos, tropas y agentes secretos, nada sabían en concreto. Su misión consistiría en rodear tupidamente, con un cerco de seguridad total a la zona, al punto Equis, elegido como sitio de reunión. Estarían convencidos de que guardaban algo de la máxima importancia. Pero no el qué.

Y ese era el punto oscuro del actual dilema.

Algo había fallado en el sistema de seguridad. Un engranaje funcionó mal, para que sucediera en Togara Sur el misterioso hecho de la muerte colectiva, silenciosa y sin violencia, durante la noche en que se ensayó la reunión cumbre, con un simple simulacro formado por seis «dobles» o contra- figuras, y parecidas medidas de seguridad, para comprobar el perfecto funcionamiento de todo.

El ensayo no podía haber resultado más desastroso.

¿Qué podía fallar en aquel estrecho, apretado procedimiento de la máxima seguridad que rodeaba el «Top Secret»?

Obviamente, la teoría primera saltaba a la vista.

Uno de los seis bandos componentes del gran grupo, había jugado por su cuenta una baza siniestra, aniquiladora. ¿Francia, Inglaterra? Era ridículo pensarlo. ¿Las Naciones Unidas? Disparatado. ¿Los Estados Unidos? Ellos sabían que no.

¿China Roja? ¿La Unión Soviética? Eran los sospechosos ideales. Pero demasiado fáciles. No era lógico pensar en un engaño por parte de ellos. Pero no había ya más posibilidades. El resto de los países no implicados en la alta reunión, nada sabían ni podían saber.

A no ser… que hubiera filtraciones.

Filtraciones, quería decir: TRAICIÓN.

Traición de *alguien…*

Alguien, entre una escogida gama de personalidades mundiales, dignas y de honesto y recto historial en sus respectivos países. Cuidadosamente comprobado, además, por otros agentes extranjeros.

Parecía imposible. Pero no había otra alternativa.

Existía un traidor.

Era la conclusión a que llegaron los altos cargos del Gobierno Federal y los jefes de las diversas Secciones de Seguridad Nacional, militar o civil.

Por eso la orden presidencial, transmitida primero a la Vicepresidencia, y posteriormente al Departamento de Justicia y al Pentágono, fue rotunda:

—Descubran al culpable, si lo hay. Desenmascaren al traidor y a la potencia mezclada en esto, si existe. Háganlo *inmediatamente*. Antes del Día D., fijado para la reunión en la cumbre en el Punto X., en el Pacífico…

Por eso Milton Mann fue enviado a Japón.

Por eso Suzzy Yeng, del Control de Seguridad de las Naciones Unidas, le acompañaba como supuesta secretaria.

Por eso ambos estaban ahora en Isla Togara Sur. Investigando más de cien muertes inexplicables. Y la ausencia de los seis falsos prohombres mundiales, posiblemente secuestrados por alguien, pensando que la reunión auténtica se había de celebrar en esta fecha.

Solamente los propios estadistas fueron avisados con escasas horas de antelación de que la fecha y lugar serían diferentes, para mayor seguridad.

Los siete personajes citados, pese a su importancia clave como personas de seguridad común fueron informados demasiado tarde para saber el cambio de planes.

Quizás por eso, uno de ellos se equivocó. Pero de ser así… uno de los siete era el auténtico traidor.

Y eso, de ser cierto, seis de ellos lo pensaban mutuamente de los demás. Excepto uno, el verdadero traidor, que lucharía astutamente por disimular su culpa.

Esta era la información transmitida previamente a Milton Mann, Superagente «SPY-99», al ser encargado de la misión.

Eso era lo que tenía que comprobar, si era posible hacerlo, *antes* de la verdadera conferencia mundial en la cumbre.

* * *

La langosta, realmente, era exquisita.

Pero a Suzzy Yeng no le satisfizo en exceso. Retiró su plato casi intacto, con la mitad del crustáceo, bien dorado a la parrilla, y recubierto de mantequilla y caviar.

Milton Mann contempló apenado el plato de ella. Suzzy probó un sorbo de *saké* antes de mover negativamente la cabeza.

—Lo siento —dijo—. No tengo apetito alguno.

—Comprendo —suspiró Mann. Retiró su plato y apuró su taza de *saké* —. Creí que era más fuerte que todo eso.

—Lamento defraudarle. Hace poco que pasé a Seguridad. Anteriormente colaboraba en la UNICEF (1[1]). No se parece mucho el trabajo, ¿verdad?

—Ciertamente, no —rió entre dientes Milton Mann, inexpresivo como siempre su atractivo, duro, enérgico rostro de mirada aguda, penetrante—. De cualquier modo, la muerte tiene a veces una apariencia más dulce. ¿Imagina a toda esa gente muerta de modo violento bañada en sangre, con el horror en el rostro?

—Sería espantoso —se estremeció la joven funcionaria de la ONU.

—En su faz hay cierta impasibilidad. Observé a todos los muertos. Ninguno revela pavor, sino sorpresa, extrañeza, rigidez o absoluta falta de expresión. No tiene sentido, claro. Pero es así. Como si la muerte no hubiera sido demasiado cruel para ellos.

—Pero era la muerte.

—Sí, eso es lo verdaderamente cruel —asintió el federal, sombrío—. El culpable lo es de igual forma usando un arma de fuego, un cuchillo, o…

—¿O… *qué*? —preguntó ella, encendiendo un cigarrillo, incorporándose, y paseando su hermoso, broncíneo cuerpo en bikini por toda la cubierta, bajo el dorado sol del Pacífico.

—Aún no me ha dicho qué les mató realmente.

Supongo que no fue por medios mágicos ni de encantamiento.

—No, pero le parece —suspiró Mann—. ¿Leyó alguna vez, siendo niña, la Bella Durmiente del Bosque?

—Claro —rió Suzzy Yeng—. La bella princesa a quien el beso del príncipe despierta… ¿A qué viene eso?

—No me refería a ese punto del relato, sino a otro aspecto del mismo. El castillo donde moraba ella, fue a su vez encantado por el hada buena, y todos quedaron inmóviles, dormidos, esperando que les despertase el que había de despertar a la princesa.

—Muy bello todo eso. Pero no conduce a nada. Esa gente no duerme.

—No, no duerme. Pero lo parece. Es el sueño de la muerte. Una muerte inmediata, colectiva, que se abatió sobre todos a la vez. Nadie se defendió, nadie reaccionó, nadie se resistió, ni tuvo miedo, ni intentó escapar. ¿Por qué?

—No habrá hada buena ni hada mala en este cuento…

—Desgraciadamente, no es tan fácil. La vida no es un cuento de hadas, señorita Yenk. Por eso debemos imaginar que el «encantamiento» fue… un procedimiento para matar a todos en el mismo instante, dé modo fulminante… y sin dolor.

—¿Existe ese medio?

—Tiene que existir. Estamos viendo sus consecuencias, ¿no?

—Sí, eso sí —musitó ella—. Todo un pueblo como dormido, pero que está muerto. Y que no pareció darse cuenta de ello siquiera… ¿Tiene sentido?

—Aparentemente, no. Ningún sentido. Además, había guardacostas japoneses en torno a la isla, aviones y helicópteros norteamericanos, submarinos soviéticos, a alguna distancia, y unidades de la flota inglesa de Hong Kong, e incluso lanchas torpederas de la China Roja en alta mar… Nadie vio nada. Nadie sintió cosa alguna en la isla… hasta que enmudecieron los medios de comunicación, se inmovilizaron los controles, los sistemas de alarma quedaron bloqueados sin motivo…

—¿Entonces acudieron a la isla?

—Exacto. Y encontraron… lo que nosotros hemos encontrado: silencio, muerte sin violencia, quietud absoluta… La noche parecía haber transcurrido sin novedad alguna. Pero más de cien seres estaban muertos aquí dentro. Y seis, los supuestos mandatarios

mundiales, habían desaparecido. No tiene sentido, conforme. Pero así ocurrió.

—¿Y los cadáveres? Algún síntoma ofrecerán…

—Guardan secreto sobre eso. Los japoneses, responsables de estos lugares, están asustados e inquietos. Han entregado algunos cuerpos a nuestras autoridades para su examen científico. También muestras del aire, del suelo, por si hubo algún procedimiento descontaminación… Se está estudiando todo eso. Entre tanto, nosotros, hemos de buscar algo más que los normales procedimientos de investigación no resuelvan fácilmente.

Suzzy Yeng asintió, pensativa. Estaba mirando al mar. Dijo de repente, señalando a la distancia:

—Mire allí, señor Mann. Curioso, ¿no?

Milton miró con curiosidad al punto señalado.

Pestañeó.

—Muy curioso —afirmó despacio—. El yate «Delfín». Estaba anclado en Oshima Shoto cuando llegamos. O sigue igual camino que nosotros… o viene detrás nuestro.

El esbelto, gracioso y rápido yate entraba vertiginosamente hacia la bahía pesquera de la Isla de Togara Sur.

Era el mismo que vieran en Oshima, con el nombre en su proa: «Delfín». Las aguas se abrían ante su blanco filo, formando luego una estela tras el navío de lujo.

—Bandera inglesa —señaló ella hacia popa—. Posiblemente venga de Hong Kong.

—Sí, posiblemente —asintió Mann, frotándose el mentón con el dorso de su mano. Se puso en pie de repente. Paseó por cubierta. Dijo, de forma inesperada, que sobresaltó a Suzzy—: Señorita Yeng, alguien… *alguien está pensando en matar, no lejos de aquí.*

—¿Cómo? —exclamó ella, perpleja.

—¡Pronto, al agua! —gritó Milton Mann.

Se precipitó sobre Suzzy Yeng sin darle tiempo a reaccionar. Ambos se zambulleron en el agua. Mann tiró de ella, nadando con un solo brazo, y luego se sumergieron profundamente, tras hacerla aspirar con un gesto enérgico.

Sobre sus cabezas, la canoa a motor-estalló en mil pedazos, levantando una columna impresionante de agua, y fragmentos de la embarcación en alud desgarrado.

CAPÍTULO III

—De veras lo siento, señor Mann. Lo siento mucho…

—Claro, capitán Sakai. Más lo siento yo. He perdido mi canoa. Valía un buen puñado de miles de dólares. Además, iban mis ropas, mis utensilios, absolutamente todo.

—¿Y… su dinero?

—Poco. Acostumbro a llevar lo justo encima. Telefonearé a Tokio. Hay cuenta corriente de la Enterprise. Sólo tendrán que dar orden de pago de mi Cadena Editora. Se resolverá en seguida.

—Mientras tanto, señor Mann, nos cuidaremos de ustedes y de sus necesidades más perentorias —habló el capitán Matsu Sakai obsequiosamente, aunque con una expresión astuta en sus ojos—. Señor Mann, ¿tiene idea de los motivos por los que su canoa fue atacada?

—No, en absoluto —negó Milton secamente—. ¿La tiene usted? Ello ocurrió en zona vigilada por sus unidades…

—Desgraciadamente, así es —se excusó con humildad el oficial japonés, inclinando la cabeza—. No fue una mina a la deriva, sin embargo. Mis técnicos han comprobado todo en el lugar de la explosión. Fue un proyectil dirigido hacia ustedes desde alguna embarcación. Una especie de torpedo. Por fragmentos hallados, un torpedo teledirigido. No disparado, sino movido por radio, a distancia. Un costoso ingenio para un reportero, señor Mann. ¿Alguien le quiere tan mal como todo eso?

—Que yo sepa, no —rió Milton—. Pero en mi profesión, nunca se sabe.

—Claro que también pudo ir dirigido a la señorita Yeng —sugirió maliciosamente el japonés, a la joven acompañante que tiritaba, envuelta en gruesas toallas, en un rincón de la oficina del capitán Sakai en el puerto pesquero de Togara Sur.

—¿A mí? —ella se encogió de hombros, con un brillo astuto en sus bellos ojos verdes—. No es nada probable, capitán. Nunca me vi en un trance parecido…

—Los testigos del suceso, desde la cubierta del yate «Delfín», aseguraron que les vieron arrojarse al agua, nadar, alejándose un

poco, luego sumergirse… y después estalló la embarcación.

—Posiblemente sucedió así —convino Milton Mann, moviendo la cabeza—. No se recuerdan las cosas en ese momento.

—Señor Mann, usted tuvo que percibir algo, para arrojarse al agua, con esa joven, justo a tiempo de eludir la explosión que les hubiera destrozado. Vio u oyó algo, ¿no es cierto? ¿Qué le pudo sugerir la proximidad del peligro mortal?

Los ojos impávidos de Mann se cruzaron con los de ella. Hubo ironía en él, y perplejidad en Suzzy Yeng.

—Digamos que un sexto sentido, capitán —habló suavemente el agente especial del FBI—. Y la sensación de que algo vibraba bajo la embarcación… Me alarmó eso, y me tiré al mar, junto con la señorita Yeng, con la idea de buscar la causa de esa vibración. No me dio más tiempo a nada, porque esa vibración aumentó, sentí moverse el agua bajo mi canoa… y me asuste. Nos fuimos al fondo. Y muy a tiempo.

—Sí, muy a tiempo, señor Mann. —Los ojos del japonés se entornaron—. No me parece usted un hombre capaz de sentir miedo fácilmente.

—A veces, uno engaña. No seré un cobarde, pero puedo asustarme, como cualquier otro. ¿No es una reacción humana?

—Sí, muy humana. Y. como se ha visto, muy oportuna además. Les felicito por su suerte. Podrían ser ahora dos cuerpos difíciles de hallar, desgajados por la explosión… Supongo que su canoa estaría asegurada…

—A todo riesgo. Pero no sé si un torpedo dirigido por radio estará incluido en las cláusulas de mi póliza.

—Se lo deseo de corazón —suspiró Matsu Sakai, con mirada penetrante, con cierto aire de perplejidad y desorientación—. En cuanto al asunto que les trajo a esta isla, supongo que nada tendrá que ver con el atentado que sufrieron.

—¿Por qué había de tenerlo? —indagó vivamente Milton Mann, enarcando las cejas, fija su mirada de acero en el japonés.

—No sé, se me ocurrió… —encogióse de hombros el militar nipón, fingidamente desinteresado—. En esta isla suceden cosas demasiado raras últimamente…

—Sí, en eso estamos de acuerdo. Tal vez no iba dirigido a mí ese torpedo… Recuerdo ese yate que usted citó, capitán, el «Delfín»…

Entraba en puerto cuando ocurrió todo. ¿No pudo haber un fallo en la dirección del proyectil, y que éste estuviese dirigido al yate?

—No digo que no —entornó sus ojos almendrados el japonés, poniéndose estirado—. Pero ¿por qué motivo habrían de desear nadie hundir ese barco?

—¿Por qué habrían de desear hundir el mío? —replicó Mann—. A no ser que usted sepa positivamente que sus tripulantes pueden considerarse al margen de toda probabilidad, si es que les conoce.

—Les conozco, sí —afirmó el capitán Matsu Sakai—. Son compatriotas suyos, señor Mann, aunque el barco lleve pabellón inglés. Un famoso multimillonario norteamericano. Tiene que haber oído hablar de él. Viaja con su esposa y con su séquito de cinco personas…

—No caigo en quién pueda ser… —reflexionó Mann, con astucia.

—Su nombre es Maddox. Luther Maddox…

Milton Mann poseía una memoria privilegiada, entrenada prodigiosamente. Casi un archivo mental en orden alfabético. En el acto funcionaron sus células de la memoria.

Luther Maddox. Lo recordó. Sí, era americano. Compatriota. Multimillonario, poderoso. Pero se decía que buscaba una guerra, y financiaba mundialmente revoluciones, guerras civiles, revueltas, venta de armas a los países mal desarrollados…

Su industria era el acero. Sus grandes negocios, fábrica de armas. Desde cañones a revólveres, pasando por rifles, metralletas, bazookas y proyectiles para cabezas nucleares.

Ése era Luther Maddox. Un enemigo de la paz y la coexistencia. Un financiero con un fabuloso «trust» cuya ambición era la guerra, para vender armas y municiones.

Un hombre a quien una conflagración mundial le haría feliz… si sobrevivía para disfrutar sus cuantiosos beneficios.

Curioso visitante para la Isla Togara Sur. Especialmente, después de lo sucedido allí en aquella dantesca y misteriosa noche…

Y justo cuando un ingenio teledirigido, había destruido su canoa, librando sus pellejos por puro milagro.

Milton Mann tomaba nota de eso. No hizo ningún comentario al capitán Sakai. E ignoró si el oficial japonés sabía también quién era, exactamente, Luther Maddox.

* * *

—¿Qué supone usted, Mann?

—No sé —Milton se encogió de hombros, pensativo—. No lo sé todavía, Suzzy.

Parecía haber más familiaridad entre los dos. A veces, el peligro común provocaba esos acercamientos, esa mutua confianza.

—¿De dónde imagina que llegó ese torpedo o lo que fuese? ¿Del yate «Delfín»?

—Pudiera ser. Pero resulta bastante extraño, ¿no le parece? Un yate no dispara torpedos. Aunque tratándose de proyectiles disparados por radio, todo pudiera ser. Ese Maddox es hombre capaz de cualquier cosa para provocar un conflicto armado en alguna parte del mundo. Ambiciona la guerra fervientemente.

—¿Por qué motivo? Su nombre me es familiar, pero…

—Luther Maddox. El zar del acero, el emperador de las armas. El proveedor del material bélico a millones de seres, para que se maten entre sí. Forjador de gobiernos títeres y de tambaleantes dictaduras o repúblicas en cualquier sitio. Al mismo tiempo, cerebro y financiación del mayor complejo industrial de los Estados Unidos y uno de los mayores del mundo en su género: el «Maddox Steel International», con sede en Maddox City, el condado de Maddox, en un Estado de la Unión donde el Gobernador, los alcaldes y los banqueros adoran públicamente a Maddox. Es un hombre partidario de «más cañones y menos mantequilla», cuando se refiere a los pueblos en vías de desarrollo. Esa especie de gentuza, ¿comprende? Y los pobres pueblos deben soportarlo, porque así se lo exigen sus circunstancias políticas o económicas y la rapacidad de unos cuantos que se nutren de ese festival sangriento.

—Le comprendo muy bien. No simpatiza con Maddox. Ni con lo que él simboliza.

—Dios me libre de ello —suspiró lentamente Milton Mann—. Nunca simpaticé con ciertas cosas de las que convierten a nuestro mundo en un lugar detestable, una especie de jungla en la que solamente el poderoso tiene derecho a cobrarse toda clase de piezas.

—¿Cree que tendrá algo que ver él en todo esto?

—Nunca se puede saber a ciencia cierta, no habiendo evidencias claras. Hay pulpos de muy largos y elásticos tentáculos. Maddox puede ser uno de ellos.

—¿Ganaría él mucho con esa matanza extraña de Togara Sur?

—Ganaría lo que la guerra mundial trajese consigo en beneficio para los grandes industriales de la producción bélica. Es decir, una fortuna inmensa. Si el mundo sobrevivía, claro está. Porque hay que pensar en que la guerra del futuro sería a base de armas nucleares. Y no se puede saber dónde terminaría su poder destructor.

—Suponga que el mundo entero terminase, Milton. ¿Dónde estaría el beneficio?

—En ninguna parte —rió Mann cínicamente—. A no ser que los refugios nucleares de Maddox sean de mejor calidad que ningún otro, y soporten una conflagración nuclear. Cosa que, personalmente, no creo pueda suceder. Y aun así, ¿de qué serviría luego el dinero, en un mundo sin vida y sin seres humanos?

—Me parece imposible que un hombre pueda ser culpable de algo así… —susurró Suzzie Yeng—. Parece la obra de un ser monstruoso.

—La gente como Maddox es monstruosa —sonrió Mann, sacudiendo la cabeza—. Pero en algo tiene razón, Suzzie. No parece obra de un hombre. Sin embargo, ¿de quién, si no?

— Sí —los almendrados, exóticos ojos de ella, le contemplaron fijamente—. ¿De quién… o de qué, si no?

Y dejó la frase en el aire, como una oscura y extraña interrogante sin posible solución razonable.

Milton Mann se limitó a mirarla larga, profundamente, con cierta desorientación en su gesto.

Como si no entendiera bien a dónde quería ir a parar la joven oriental, con su enigmática duda.

* * *

El informe forense federal llegó aquel mismo día, por radiograma cifrado. Aparentemente, era un simple mensaje de la cadena periodística Enterprise, a nombre de su corresponsal Milton Mann.

Pero una vez traducido su código por la rápida mente de Mann,

que no precisaba siquiera de apuntes o de complicadas transcripciones gráficas, su texto fue claro y concreto:

«Examinados cadáveres de personas fallecidas en Isla Togara Sur, del Archipiélago Togara Gunto. Informe técnico laboratorios federales señalan fallecimiento inmediato e indoloro, por parálisis cardíaca acompañada de total paralización mental, física y de todo. Sangre coagulada súbitamente en las venas, funciones cerebrales, aun las más nimias, repentinamente paralizadas sin motivo concreto definido. Toda función biológica, interrumpida inmediatamente. Falta de indicios de sufrimientos, convulsiones o dolor físico alguno. Causas de esa muerte, común a todos: desconocidas. Muestras del aire: resultado negativo. Muestras de polvo: negativo. Síntomas de radiaciones: positivo, pero sin localizar naturaleza exacta. Pueden ser una modalidad desconocida de los rayos *gamma*, pero en dosis muy reducida, presente en toda la isla, tanto en los cuerpos sin vida como en el polvo y el aire. Ciertamente, no posee la menor posibilidad de ser letal o peligroso.»

Eso era todo. Muy poco, a juicio de Mann. O quizá demasiado.

Había radiaciones desconocidas en la isla. Una derivación posible de partículas *gamma*. ¿Qué significaba todo eso en el conjunto siniestro y mortal de la isla situada en el Mar de la China, en el interminable Archipiélago de las Riukyus?

Los rayos, en sí, no constituían peligro alguno. La muerte general del largo centenar de seres allí reunidos, había sido idéntica en todos los casos: parálisis cerebral y cardíaca. Muerte súbita, indolora. Un chispazo breve… y la vida terminaba. Sólo eso.

Podía sucederle a un solo ser. O a varios, por coincidencia. Pero a todos, absolutamente a todos… era imposible.

—Imposible —sostuvo Milton—. Es imposible, Suzzie.

—Sí, lo entiendo —ella le contempló, pensativa—. Hay que pensar en un arma.

—Un arma…—resopló Mann—. Sí, un arma, pero ¿cuál?

—Siempre surgen armas nuevas —sonrió Suzzie, enigmática—. Rayos mortíferos, energías desconocidas… El hombre no deja de pensar nunca en destruirse a sí mismo, Milton.

—Cierto. Pero todo tiene un límite. Hemos logrado muchas cosas en esa estúpida carrera de matarnos unos a otros lo más pronto y definitivamente posible. Pero lograr la muerte por

parálisis… Es absurdo.

—Se habló hace años de un Rayo de la Muerte, o Paralizador… —le recordó ella—. Creo que los nazis lo ensayaron, en la década de los cuarenta…

—Tonterías. Sólo podía paralizar motores en vuelo, para abatir aviones enemigos. Era un logro bélico importante, pero no logrado. Fracasó el experimento inicial, y el Reich lo abandonó. No paralizaron nunca las mentes humanas.

—Tiene gracia… —comentó de repente Suzzie Yeng.

—¿Gracia? —Mann arrugó el ceño. Contempló, perplejo, a la joven—. ¿Cree que hay algo en esto que tenga verdadera gracia?

—No, no me refería a eso… Ya sé que nada tiene gracia, cuando la muerte anda por medio, Mann. Y menos en tal grado, matando por centenares y poniendo en peligro la paz mundial, pero… me refería a un pensamiento mío, repentino. Por eso dije que tenía gracia. Era mi propio pensamiento, no lo que está sucediendo.

—¿Me lo quiere explicar?

—Claro, Milton. Hablaba de… de una idea absurda que se me acaba de ocurrir.

—¿Absurda?

—Eso dije. No tiene sentido, pero me vino de repente, al asociarlo con esa parálisis de muerte, esa forma de quedarse convertidos los hombres en piedra…

—Termine su divagación, Suzzie. Creo que no sé adónde quiere ir a parar.

—A… Medusa.

—¿Medusa? —Mann enarcó las cejas. Recitó de memoria—: Una de las tres Gorgonas. Concibió dos hijos de Poseidón, y la diosa Atenea transformó en sierpes su cabello, para castigar que ella ultrajase el templo a ella dedicada. Era tan horrible, que cuantos la contemplaban se convertían en piedra…

—Eso es —suspiró Suzzie, aprobadora—. Sobresaliente en Mitología, Mann.

—Se convertían en piedra… —repitió Mann, pensativo—. ¿Eso es lo que la hizo pensar en la Medusa?

—Sí. Simple asociación de ideas. Los hombres han vuelto a convertirse en piedra. Y yo me preguntaba: ¿dónde está ahora la Medusa?

—¿Y dónde está Perseo? —sonrió Mann, agudamente.

—Perseo… Cierto. El héroe que cortó su cabeza… Para no transformarse en piedra él también, se acercó a ella evitando mirarla. —Sacudió la cabeza, con aire escéptico—. Creo que hemos dejado vagar demasiado la imaginación, Milton. Esto es la propia vida, no la Mitología.

—Pero la gente murió paralizada, en una noche durante la cual sucedió algo fantástico e insólito en esa isla…—Mann pareció concentrarse sobre una idea fija, desconocida. Comentó, entre dientes—: Es curioso… Medusa…

—¿Sigue con eso? —La joven oriental hizo un gesto—. No debió hacerme caso. Sencillamente, divagaba. Eso fue todo. Usted sería un perfecto Perseo, pero me temo que esta Medusa no es solamente una fea criatura con serpientes en vez de cabellos, sino algo mucho menos ingenuo e imaginativo.

—Sin embargo, quizás el mito tiene algo de pura y fría lógica. Perseo no se puso a divagar, cuando le tocó dar muerte a la Gorgona. Sencillamente… fue en su busca. La atacó, sin esperar a ser atacado. Eso tiene sentido, ¿no?

—Perseo sabía a quién atacaba —ella le contempló fijamente—. ¿Lo sabría usted acaso?

—Medusa estuvo una noche en esa isla —señaló Mann hacia las rocas y arrecifes donde el agua se estrellaba, espumeante, desde la embarcación que el capitán Sakai pusiera a su disposición—. ¿Por qué no ha de volver otra noche? Hoy, supongamos.

—No siga. Me temo que está pensando alguna locura, Mann.

—Estoy pensando, simplemente, esperar a la Medusa en su terreno, tal y como hizo Perseo mismo. Así repetiremos el mito, Suzzie. Posiblemente la historia se repita.

—¿Y si no se repite? Esta vez no se trata de fantasías y de criaturas abominables, Milton, inventadas por la imaginación de escritores y de creyentes, de filósofos y sacerdotisas. Ha ocurrido algo. En pleno siglo XX. Han muerto paralizados más de cien seres humanos, sin posible defensa, suave e inesperadamente.

—Bien. ¿Y qué?

—Podría ocurrir de nuevo lo que ya ocurrió una vez. Y usted morir paralizado. Su mente es la de un ser humano. Por tanto, está sometida al mismo peligro mortal.

—No lo crea —rió Mann—. Soy una especie de «cyborg», o mezcla de robot y hombre. Tengo ciertos poderes que otros no tienen, sólo porque fui educado y entrenado para desarrollarlos al máximo. Será interesante ver el choque de esa fuerza misteriosa con la mía propia. Si la resisto, demostraré que nuestra Medusa tiene un punto débil.

—¿Y… si no la resiste?

—Seré una víctima más en su lista. Es el riesgo que debo correr.

—Milton, no haga eso, se lo ruego.

—Estoy harto de andar entre sombras, Suzzie. Esperando aquí, no vamos a averiguar nada. Ellos, quienquiera que sean, conocen algo sobre mí y sobre usted. De otro modo, no nos hubieran dirigido aquel proyectil. Hubo un traidor en la fingida reunión en la cumbre. Puede que el mismo traidor sepa quién soy yo y lo que he venido a hacer aquí. En ese caso, el peligro es el mismo. Si esas personas no me conocen, habrá que pensar que son telépatas. Y muy pocos de esa especialidad son capaces de leer mis pensamientos fácilmente. Mi mente está entrenada para evitarlo, precisamente. En cuyo caso, Suzzie, será interesante, sumamente interesante, medirse a unos seres que son capaces de tal poder telepático, que además pueden paralizar a los humanos sin dejar rastros de arma destructora alguna… y que nos acechan sin que nosotros mismos nos demos cuenta de que así sucede.

—Dichas así las cosas… parece como si nos enfrentáramos a superhombres, Milton —se estremeció ella, preocupada.

—Superhombres… —reflexionó Mann—. Sí, ¿por qué no?

* * *

Había caído ya la noche.

Clara, limpia, muy azul. Cielo estrellado, amplio, sin nubes. Inmenso como la misma quietud de los mares circundantes. Sin luna, pero con nítidas, fulgurantes estrellas lejanas.

La isla era como un animal dormido sobre las aguas, emergiendo su lomo irregular, en tanto las aguas se estrellaban, rumorosas, con crestas de espuma fosforescente, en sus oscuros contornos de arrecifes y corales.

La figura humana saltó a la superficie del mar, silenciosamente.

Y silenciosamente se sumergió, buceando bajo la espejeante, azul inmensidad, en dirección a los cercanos arrecifes. Las embarcaciones militares niponas quedaron atrás.

La silueta oscura, entre las oscuras aguas y su espejeante superficie, se movió hacia tierra firme, con larga, fácil, elástica brazada. De vez en cuando, al emerger su cuerpo musculoso, brillaba éste, terso y húmedo, cubierto por las gotas de agua, a la claridad tenue de las estrellas lejanas, allá en la bóveda azul y remota.

Pronto llegó a los arrecifes. Irguió la figura, emergiendo del oleaje rematado por la espuma irisada de los rompientes. Agazapado, saltó a la arena, adentrándose en ella definitivamente. Alcanzó la espesura y se fundió con ella de modo que dejó de ser completamente visible para cualquier posible observador, tanto en el mar como en la orilla.

Suzzie Yeng, que parecía ser la única persona observando la escena, bajó los binoculares, y la imagen lejana, borrosa ya, del islote y su intruso nocturno, dejó de aparecer ante sus ojos.

Respiró hondo la oriental. Se preguntó, entre dientes, expresando sus pensamientos en voz alta, sin más oyente que sí misma sobre la cubierta de la embarcación:

— Y ahora… ¿Qué va a suceder en esa isla? Parece como una tierra maldita, dominada por algún maléfico poder desconocido…

En esa supuesta tierra maldita, estaba ahora Milton Mann, agente federal de los Estados Unidos, y hombre superdotado física y mentalmente, hasta el punto de dar la impresión de ser un «cyborg», o mezcla fantástica e indescriptible de hombre y máquina, en conjunción perfecta para hacer de él un mecanismo fabulosamente poderoso frente a cualquier especie de adversario o de poder destructor.

Pero la oriental funcionaria de las Naciones Unidas tenía razones para preguntarse si toda aquella asombrosa capacidad de lucha del superagente, sería suficiente para hacer frente al enigma de Togura Sur, la isla donde más de cien seres habíanse inmovilizado súbitamente una noche, sorprendidos por una muerte fantástica y paralizante, una dulce muerte de inexplicable origen y naturaleza. Pero que, indudablemente, existió. Y que podía existir aún, agazapada entre las sombras oscuras del lugar…

Suzzie Yeng se retiró lentamente al interior de la embarcación anclada a corta distancia de la costa, sobre las aguas que mecían suavemente su casco. No lejos de allí, el yate «Delfín», propiedad del magnate Maddox, era una esbelta forma blanca, orlada de luces, allá en un embarcadero de la isla nipona.

Milton Mann, dentro del trozo de tierra, en sus tinieblas nocturnas, era ahora una pura incógnita para ella. Su posible suerte, también.

Suzzie estaba inquieta. Muy inquieta. Por Milton, por ella, por todo aquello que les rodeaba, y que distaba mucho de entender bien. Lo que no entendía, le asustaba. Siempre le había ocurrido así…

Suzzie se hubiera asustado mucho más de haber sabido que cuando comenzó a desnudarse, para entrar en la litera de su cabina personal, y esperar el retorno de Mann tratando de conciliar algo de sueño, unos ojos extraños, brillantes, casi inhumanos, seguían sus movimientos, su lento *deshabillé*, de involuntaria voluptuosidad, sin ninguna emoción racional en su expresión. Ni siquiera deseo o complacencia morbosa en la contemplación de la mujer semidesnuda, casi desvestida cuando entró en las sábanas.

Aquellos ojos eran fríos, desapasionados, sin emoción alguna tras ellos. Ojos como los de un animal carente de instintos. Como los de un simple reptil o un lagarto al acecho. Helados, herméticos, pero vigilantes, tensos, penetrantes…

CAPÍTULO IV

Mann se movió sigiloso entre la espesura. Dejó a un lado el poblado, sus calles tortuosas, su embarcadero, sus edificios sin luces ni vida, su hermética y silenciosa quietud actual.

La vida había desaparecido de allí. Y con ella, todo vestigio de civilización. Era como una isla desierta, un mundo abandonado por los seres vivientes.

Llegó a un promontorio cercano, cubierto de vegetación. Grandes bloques de piedra, en su otra ladera, conducían a una hondonada o garganta entre lomas. Todo aparecía oscuro, inanimado. No era un paisaje agradable. No podía serlo. La muerte, la extraña muerte inexplicable, estaba aún demasiado cerca. Poco antes había golpeado brutalmente a los seres que se hallaban en la isla. De haber sido aquélla la auténtica reunión en la cumbre de los dirigentes de todas las grandes potencias del mundo, ¿qué hubiera sucedido, qué sucedería realmente ahora?

Las contrafiguras de los grandes prohombres de la política mundial, seguían sin dar señales de vida. Tampoco sus principales colaboradores y guardianes, los siete hombres elegidos por los diversos países y organizaciones internacionales, para velar por la estricta seguridad de la reunión y de sus miembros. El ensayo general en Togura Sur, no había podido ser más desastroso. Ni más desconcertante.

Hasta entonces, Milton mismo había pensado que todo podía ser una conspiración de tipo internacional, la maniobra de alguna potencia o fuerza política, de alguna entidad interesada en provocar un caos mundial; O de gentes como aquel Maddox y sus grandes industrias bélicas…

De repente, una sugerencia de Suzzie, le había despertado dormidos ecos en la mente. Un extraño presentimiento le invadió. Hasta ahora, nadie había conseguido un arma capaz de matar sin violencia, sin ruido, sin parecer siquiera un arma.

De repente, eso sucedía. Más de un centenar de cerebros

humanos se paralizaba totalmente, provocando la detención inmediata de todas las funciones orgánicas, y con ello la inmediata muerte de los afectados. ¿Qué había sucedido en la isla la noche del terror silencioso?

Milton Mann se detuvo. Escudriñó el oscuro paisaje. Había dejado de pensar, de darle vueltas, en su mente ordenada, fría y metódica como un programador electrónico, a sus ideas y reflexiones sobre el dilema.

Algo le había llamado repentinamente la atención. En la oscuridad había una luz. Más bien una lejana luminiscencia, al fondo del paisaje en sombras de la hondonada. Posiblemente alguna vivienda. Tal vez sin habitantes siquiera. Sólo con la luz. La luz que se veía brillar allá lejos.

Se lanzó ladera abajo. Iba agazapado entre la espesura. Sería difícil que nadie le viese moverse. Muy difícil. Mann era como un felino. Su cuerpo elástico, musculoso, agilísimo y preciso de movimientos, se desplazaba por el terreno desconocido con tal sentido de la orientación y del cálculo, como si sus ojos pudieran ver en la oscuridad, o como si conociera aquellas tierras igual que la palma de la mano.

Mann tenía un peculiar sentido del movimiento en la oscuridad, se guiaba por algo que no hubiese podido definir, pero su mente sabía, inmediatamente antes de avanzar el pie, lo que vendría después. Y de forma automática, evitaba todo paso en falso.

Cuando llegó al fondo de la hondonada natural del terreno, comprobó que, ciertamente, había un edificio. Pero completamente a oscuras.

Pestañeó. No era posible que se hubiera equivocado. Vio luz en alguna parte. Rodeó la edificación a prudencial distancia. Nada. Ni una ventana, ni un resquicio de luz. Tuve una idea repentina.

Escaló una pared rocosa hasta cierta altura. Miró a la casa.

La luz brillaba de nuevo.

Ahora entendía. La casa no tenía aberturas iluminadas, ni luces en torno. La única claridad visible… provenía de algo que flotaba *sobre la casa.*

Parecía un globo. O una esfera. Pero una esfera luminiscente, oscilante, en movimiento leve, pendular casi, sobre el edificio en sombras. Era una luz la suya de extraño color, vista ahora tan cerca.

Color irisado, fosforescente…

Mann entornó los ojos, pensativo. Se cubrió con una de sus nervudas, fuertes manos. Era raro, pero hería. Hería profundamente las pupilas aquella luz, si se contemplaba sin descanso un largo espacio de tiempo.

Hubiera querido identificarla, relacionarla con alguna forma de luz conocida, pero no lo logró. No era eléctrica, ni por reflejo. Tampoco de gas, a no ser que fuese un gas flúor muy especial, luminoso por sí mismo, encerrado en algún vidrioso recinto transparente, que además pudiera flotar en el vacío absurdamente.

— No tiene sentido —se dijo, expresando en un murmullo su propio pensamiento—. Ningún sentido…

Ahora que ya sabía dónde se hallaba la luminosidad, aunque no de qué se trataba, se movió con cautela, a través de piedras y espesura, hasta alcanzar la casa. La contempló, intrigado, palpando las paredes. No olvidaba que en algún punto, sobre el tejado del edificio solitario, la luz seguía flotando, esférica e irisada, como un enigma luminoso.

Era un edificio típico japonés. Tejados superpuestos, como la pagoda de un dibujo miniado, en un biombo o una caja de laca. Jardincillos al lado, en pequeños recuadros de césped, un puente curvo, de madera roja, sobre un arroyuelo casi inapreciable. Un porche, muros livianos, posiblemente paredes de papel dentro de la casita…

Había letras japonesas en un arco, sobre la entrada de la casa. Milton conocía muchos idiomas. Su mente era un frío registro de lingüística internacional. Leyó sin dificultad los caracteres orientales:

BIENVENIDO A MI HOGAR.
SEIJU BONDO OS ACOGE
CON EL CORAZÓN ABIERTO

Seiju Bondo… Nunca había oído hablar de él, naturalmente. La humilde hospitalidad de los nipones se mostraba claramente en aquel rótulo de bienvenida, que colgaba ahora del edificio como un absurdo o una paradoja. Milton subió al porche de cañas. Golpeó la puerta suavemente. Por tres veces. Nadie le respondió.

Probó a abrir. No era difícil. Las casas japonesas siempre habían sido particularmente frágiles. También se decía que en el Japón no existían los enemigos de la casa ajena y de sus bienes, y posiblemente tuvieran razón, a la vista de sus costumbres.

Entró en la casa. Tanteó. Halló un conmutador. Lo giró, al tiempo que cerraba previsoramente la puerta. Había luz eléctrica. Se encendieron polícromos farolillos japoneses. Mann descubrió biombos, cuadros enmarcados, tapices, alfombras y almohadas típicamente japonesas por doquier. Muebles laqueados, ausencia de mesas altas y de sillas, abundancia de figurillas de jade o marfil.

Recorrió diversas habitaciones. Dormitorios, salón, aseo… Todo desierto, todo vacío. Vio retratos de japoneses. Un hombre de pelo blanco y tez curtida; jóvenes de ambos sexos, grupos familiares…

Allí no había señales de vida. Pero tenían un frigorífico. Y dentro de él, alimentos. Todavía todo en buen uso. Licores también. El licor tradicional, el *saké* del país, junto a whisky americano y escocés.

Mann no se sintió sorprendido. Lo temía. El vacío en la casa, el silencio y la soledad. Sobre la casa, aquella esfera de luz, pendiente y extraña, como dominándolo todo…

— No sé… —refunfuñó—. Hay algo que no me gusta en todo esto…

De repente, tuvo un presentimiento. No supo lo que era, pero supo que había peligro. Y que había alguien cerca de allí…

Corrió a través de la casa, salió de ella, se precipitó entre la espesura, dando un formidable, elástico salto. Se quedó pegado al suelo. Sintió una rara, aguda vibración que hizo temblar su cuerpo. La vibración se extendió a su mente, haciéndole incluso daño, martilleando dolorosa, agudamente, sus sienes, hasta taladrar el cerebro.

Rápido, procuró aislar su pensamiento, sus sensaciones y emociones de todo tipo. Formó prácticamente un bloqueo total sobre su cerebro, aislándose mediante un poderoso esfuerzo de autodominio, de avanzada técnica de yogui, todas sus sensaciones internas, y evitando que las externas dañaran su mente.

Logró mantenerse en aquella especie de trance, de potente control de sí mismo, y las vibraciones, si bien agitaron su cuerpo como en espasmos de epilepsia, no alcanzaron a hacer el menor

daño a su cerebro.

Al mismo tiempo, una luz radiante brotó de encima de la casa del japonés. Esa luz se hizo cegadora, incandescente, lo invadió todo. Pareció que la casa entera se hacía luz, pero después, cuando ésta se extinguió… no había casa, sino un montón de ennegrecidas ruinas.

La esfera de luz no estaba ya flotando frente a él, en la noche extraña de la isla. Milton Mann respiró hondo. Miró ante sí, al desconcertante enigma del edificio carbonizado. Todavía sus sienes vibraban, su cerebro estaba aturdido, y sentía sus miembros, su cuerpo todo, como zarandeado por un huracán o agitado por una descarga eléctrica continuada, de muy elevada tensión.

Respiró con fuerza, al incorporarse poco a poco. ¿Qué hubiera sido de él, de haberse quedado allí?, preguntóse a sí mismo. La respuesta no le gustó. Era muy posible que, con edificio y todo, hubiese desaparecido para siempre, absorbido por la fuerza destructora e incomprensible de aquella luz.

Terminó de incorporarse. Buscó en vano el lugar donde pudiera hallarse la esfera luminiscente. No lo encontró. Solamente las estrellas remotas brillaban en la quieta noche.

De súbito, a espaldas de Mann sonó un grito agudo, ululante, estremecedor.

Un grito alucinante, capaz de helar la sangre en las venas a cualquier hombre.

* * *

A cualquiera que no fuese Milton Mann, por lo menos.

El agente norteamericano giró la cabeza. Sabía de antemano que no iba a encararse con nada natural, sino posiblemente con otro horror incomprensible, en aquello que parecía ser la propia isla del diablo.

El rostro sumido, lívido, bailoteante, pareció flotar ante él, en la sombra, como la propia esfera de luz lo hacía antes sobre la casa. Los ojos desorbitados, febriles, bajo los cabellos blancos, flotando al aire de la noche, eran los de un espectro aterrador, los de un ser irreal, surgido acaso del propio Averno.

—¿Qué significa…? —jadeó Mann—. ¿Quién es usted?

La máscara lívida, como una careta japonesa para el teatro Noh, osciló extrañamente, para terminar borrándose en un manchón blanco e informe, como guedejas de plata. Esa forma pálida se alejó en la sombra, entre crujidos de matorrales y rodar de piedras.

Mann estaba sereno, pese a la fantasmal aparición. Sabía lo que había sucedido.

Un japonés cuyo rostro demudado y extraño no le era del todo desconocido, había aparecido de pronto ante él. Ahora, el hombre huía, se alejaba a la carrera, y eran sus cabellos de un blanco plateado, rebeldes e hirsutos, los que veía débilmente iluminados por la claridad de los astros.

Corrió en pos suyo, con toda la rapidez increíble que sus piernas musculosas, delgadas y elásticas, podían desarrollar. Lo alcanzó cosa de unos segundos después. Se precipitó sobre él en una zambullida violenta, aferró sus piernas, y lo derribó consigo, dando tumbos por los hierbajos y las piedras.

—¡No me mate! —gritó la voz desesperada del hombre, en japonés—. ¡No me mate, por Dios! ¡Yo no sé nada, no vi nada! ¡No sé lo que sucedió en la isla, no he visto morir a nadie, no he visto la Paralización de los seres humanos! ¡Lo juro, lo juro, nunca diré nada a nadie, pero no me hagan daño! ¡No me hagan daño! —Y lloriqueó ahora, de forma patética, infantil y desgarrada.

Milton Mann dejó de forcejear. Le miró de cerca, intensamente. Se apartó, incorporándose y levantándole a él, hasta que se puso de rodillas, implorante, sin dejar de mirarle con ojos desorbitados y llorosos a la vez.

—No voy a hacerle nada —dijo Mann fríamente—. No soy su enemigo. Pero dígame quién es usted… y qué hace aquí.

El lloriqueo del desconocido japonés se detuvo. Los ojos almendrados le contemplaron, aturdidos.

—No diré nada… —sollozó—. Lo juro…

—Está bien, no diga nada, si no quiere decirlo —se impacientó Mann—. No le voy a hacer daño, se lo repito. Sólo quiero saber quién es…

El japonés no respondió. Parecía en trance, se limitaba a balbucear ahora cosas incoherentes, entre sus labios crispados, vidriosa la mirada, perdida en el oscuro vacío de la noche.

—¿Qué importa eso? —musitó—. No soy nadie… Ya no soy

nadie…

—Siempre se es alguien, mientras se vive.

—¿Vivo yo acaso? —gimió el nipón de edad avanzada.

—No lo sé. Es lo que quiero averiguar. Parece un espectro, pero es un ser humano. Aún lo es, sea lo que sea lo que le ocurre. Estoy esperando a saber qué le sucede y por qué anda por estos lugares de ese modo…

—No, no. No sé lo que sucede… No sé nada. No me pregunte nada.

—Tiene que saberlo —insistió Mann—. Yo soy su amigo. Trato de ayudarle.

—Ayudarme… Nadie puede ayudarme… No tengo amigos. No sé nada, no vi nada… Yo… yo no vi la luz paralizadora… No sentí el relámpago de la Maldición y del Mal Destructor…

Milton Mann apretaba los labios, escuchando aquella serie de incoherencias con suma atención. Su mente trabajaba con viveza. El pobre demente o enfermo, hablaba alocadamente de una luz paralizadora, de un relámpago de destrucción… Evocando lo sucedido fantásticamente poco antes, al ser destruido el edificio japonés, y la esfera luminiscente colgada en la noche, sobre el edificio aniquilado, Milton Mann creía hallar una relación sensata, coherente, con todo aquello que narraba con su aspecto alucinado el infortunado japonés.

Pero ¿qué significaba todo ello? ¿Quién podía manejar una luz así, y destruir o paralizar a la gente, abatir edificios, provocar sacudidas y radiaciones aniquiladoras? Todo era fantástico. Demasiado fantástico.

—No parece humano… —susurró entre dientes Mann, contemplando a aquella escalofriante, estremecida, desdichada figurilla de amarilla piel arrugada—. Nada de lo que sucede aquí parece propio de los seres humanos… Dios, ¿qué está sucediendo en esta isla del diablo?

El japonés, cuyo rostro recordaba ahora claramente, de una de las fotografías vistas dentro de la casa en ruinas, no parecía la persona más idónea para sacarle de dudas, y Milton Mann optó por dejarle que jadease, tranquilizándole paulatinamente, y recurrió a una cápsula calmante, que hizo ingerir al japonés, tras extraerla de su reducido equipo de medicamentos que llevaba consigo

habitualmente.

Un sedante sopor invadió al infortunado hombrecillo, a quien tomó en brazos, conduciéndolo a una zona de hierba, sobre la cual le depositó mansamente. El nipón no opuso resistencia. Mann se irguió, mirando en derredor.

De súbito, se puso tenso. Sus músculos y nervios vibraron como cables de acero sometidos a una tirantez extrema.

Sus ojos se mantuvieron fijos en el aire.

Otra vez estaba allí la esfera luminosa. Flotando sobre la isla.

Acercándose a él.

De nuevo en su mente advirtió aquella extraña vibración. Ahora tenue, ligera, como musical. Recordaba el sincopado de un aparato electrónico de música, con cierto fondo de melodía hipnótica. Y su efecto sobre el cerebro era extraño, inquietante.

Sencillamente, notaba como si se acorchase su mente, como si su encéfalo y su cerebelo fuesen quedándose anulados, paralizados paulatinamente, convertidos en algo vacío, hueco, prácticamente inexistente.

Un sopor, una rigidez paralizante, fue extendiéndose por los miembros todos de Mann. Un frío sutil helaba sus dedos, tanto en manos como en pies, y su cuerpo todo iba enfriándose, acorchado como su cerebro.

Milton Mann miró al japonés que yacía en la hierba. Se agitaba de forma espasmódica, gemía entre dientes, y parecía irse quedando luego rígido, como un cuerpo sometido a una súbita congelación. Tiritó el propio federal norteamericano, pese a su pugna interna, mental, con la fuerza extraña, vibrátil, que se sobreponía a sus esfuerzos mentales, a su voluntad, a su propio calor vital.

El poderoso yogui que era realmente Mann, se superó en ese momento crucial, quizás decisivo. Trató de dominar la parte de su mente que todavía se mantenía despierta y viva. Aquel sector cerebral se resistía, como si estuviese vivo y fuese independiente de él mismo. La pugna se hizo profunda, tensa, desesperada. Todos los enormes recursos de Mann, aquella especie de superhombre o de «cyborg», mitad hombre, mitad máquina, se pusieron a contribución de su afán intenso de sobreponerse a aquel raro, invisible, impalpable ataque de ondas melódico-magnéticas, capaces de provocar en él tan raro fenómeno.

Logró recuperar el control de sí mismo y de su cerebro. Ciertos centros nerviosos respondieron a su esfuerzo. Supo que volvía a ser dueño de su mente, aunque con dificultad, luchando siempre contra aquello que le atacaba desde el exterior, en forma de luminiscencia, parpadeante ahora sobre su cabeza, con ritmo hipnótico, que parecía mantener la misma frecuencia y ritmo que el sonido vibrante, agudo, profundo y taladrante.

Oprimiendo con ambas manos sus sienes, manteniendo un bloqueo perfecto de su mente, y evitando que llegase hasta sus puntos vitales aquella vibración melódico-luminosa que podía convertirle —estaba seguro de ello—, en un autómata rígido, paralizado. Y de allí a la muerte, parecía haber poca distancia, si es que había alguna, en la maldita y enigmática isla de Togara Sur.

La esfera de luz llegó sobre su cabeza, deslumbrándole. Parecía parpadear al tiempo que llegaban las vibraciones mentales. Fuese lo que fuese aquella misteriosa fuerza, procedía de aquella luz flotante, indescifrable.

Pero… ¿de dónde procedía la luz? ¿Qué era? ¿Cuál era su extraña energía?

Tendido en el suelo, controlando su mente, cubriendo sus oídos ahora con ambas manos, y cerrados los ojos para percibir la luz con menor intensidad, solamente con la fuerza con que penetraba a través del velo de epidermis de sus párpados.

Quedóse inmóvil. Su mente tan bloqueada, tan aislada, tan cubierta en una especie de magnético caparazón, que rechazaba toda influencia exterior. Prácticamente, Milton Mann, para cualquier observador, hubiese parecido un cadáver. Cualquier detector de reflejos mentales, hubiese acusado un rotundo «cero» de negativo funcionamiento cerebral. Así era Mann capaz de dominar su propio cerebro, sus reacciones y su ser todo.

La esfera luminosa pasó por encima de él. Planeó como una nave fantástica. Se alejó mentalmente. Se distorsionó, formando una especie de óvalo luminiscente, que se fue perdiendo en la noche, hacia el mar. Y ante la mirada de Mann, que contemplaba entre las pestañas de sus párpados entreabiertos la escena desconcertante… el óvalo de luz tocó la negra superficie marina, y se sumergió súbitamente, como un sol nocturno, boreal, desapareciendo en un horizonte de negruras eternas y profundas.

La melodía cesó. La vibración, también. Se hizo un silencio profundo, largo y tenso en la isla. Mann se incorporó lentamente, tambaleándose. Sintióse débil, vacilante, confuso, con su mente aturdida. Pero capaz de moverse, de pensar, de reaccionar tras el lapsus provocado por la aparición sobre el cielo japonés.

Miró al japonés de blancos cabellos. Dormía apaciblemente, bajo los efectos del sedante que le administrara. Lentamente, Mann regresó a la costa. Se encaró al negro mar bajo las estrellas. Respiró hondo. Allá abajo, en alguna parte de las profundidades, la luz flotante habíase replegado, solo Dios sabía dónde.

Mann mismo se lanzó al mar. Volvió a nadar a fuertes, largas brazadas, hacia la canoa donde le esperaba Suzzie Yeng, posiblemente bien ajena a lo que había sucedido en Togara Sur aquella noche.

Pero también Milton Mann se encontraba completamente ajeno a algo que sucedía en ese momento en el litoral isleño, entre arena, palmeras y rocas, frente al oscuro mar.

El capitán Matsu Sakai contemplaba silenciosamente, erguido y sereno, al hombre que se alejaba de la costa a nado, sobre las aguas marítimas. El oficial nipón tenía a su lado a uno de sus subordinados, un sargento del Ejército japonés, igualmente quieto, inexpresivo, fija su mirada almendrada en la oscura figura de Mann, alejándose de ellos y de la costa.

—Ahí va —dijo Matsu Sakai, pensativo.

—Sí, señor —respondió su subordinado—. Parece que salió bien de… de la luz.

—Eso parece. Ese Mann es un tipo extraño. Nadie hubiera resistido lo que él resistió. Ha salido indemne. Además, ahora sabe ya demasiado de lo que está sucediendo. Si es capaz de contrarrestar eso… será capaz de averiguar algo.

—¿Qué podemos hacer nosotros, señor?

—Nosotros, nada. Sencillamente, hemos presenciado el hecho. Ahora, informaremos. ¿Vamos ya?

—Sí —asintió el subordinado—. Vamos, señor…

Matsu, Sakai no dijo nada. Su subordinado tampoco añadió cosa alguna de más a lo ya hablado parcamente entre ambos, con curiosa inexpresividad y mirada perdida en las sombras de la noche, en la inmensidad de la noche, acaso en un punto de la misma nada…

Después, pasó algo asombroso.

Caminaron lenta, mecánicamente, hacia las aguas que lamían la franja de arena. Eran como dos hipnotizados en movimiento hacia donde la mente superior les dirigía.

Las aguas cubrieron sus pies, mojaron su pantalón militar, subiendo gradualmente de nivel. Insensibles a todo ello, los dos hombres seguían adelante, adentrándose más y más en las aguas marinas.

Parecía como si se dirigiesen a una sombría tumba líquida, en el fondo del mar. De repente, sus cuerpos parecieron volverse incandescentes. El capitán Matsu Sakai y su acompañante, el sargento japonés, tomaron un tono luminiscente, que brotó de su rostro, de sus manos, de su uniforme mismo, envolviéndolo todo en una masa de luz cegadora. Duró apenas un segundo la increíble metamorfosis.

Luego, del capitán y el sargento, no quedó nada en absoluto. Sencillamente, se fundieron dos simples chispas, dos círculos de luz, giratorios, como una espiral en marcha vertiginosa sobre sí misma.

Aquellas dos formas de luz vibrante, como energía luminosa pura, se deslizaron sobre las aguas unos instantes. Luego, se hundieren en ella, desapareciendo como dos fanales anegados por una inundación. Se perdieron en las profundidades, sin dejar de lucir, como si su fantástica naturaleza luminosa no pudiera ser afectada por aquellas aguas.

Después, un silencio extraño, fantasmagórico, irreal, como si el mundo mismo estuviese muerto, se extendió sobre el litoral de la isla nipona de Togara Sur, en cuya geografía estaban sucediendo acontecimientos tan extraños, tan insólitos y sin explicación posible.

Pero de este último y alucinante episodio, Milton Mann, del FBI norteamericano, no tenía la más leve noticia.

CAPÍTULO V

Era un lívido amanecer.

Había nubes plomizas en el horizonte. El sol no lograba perforarlas en su salida cotidiana sobre el Mar de la China, y así la luminosidad de la aurora era grisácea, torva y triste. El mar mismo, tenía un color denso, plomizo y opresivo. Su superficie estaba levemente agitada por una marejadilla que iba en aumento a medida que avanzaba el día.

El aire soplaba fresco, moviendo el oleaje contra los arrecifes de la isla, donde rompían en espumantes crestas ruidosas.

Suzzie movió la cabeza en sentido dubitativo.

—No debería hacerlo, Mann —dijo.

—Está decidido —sonrió él—. Lo haré. Ahora.

—El día es desapacible, las aguas no le ayudarán en nada —protestó la joven y bella funcionaría de las Naciones Unidas—. Además… ni siquiera sabe lo que le espera abajo.

—Cierto. Por eso debo descender —ajustó las cremalleras de su traje de inmersión, de goma azul, ceñido a su figura atlética, poderosa y a la vez llena de armonía—. Sea lo que ello sea, es una materia destructora. Quiero saber de qué se trata.

—No es nada normal. No puede serlo —se estremeció ella, entornando sus ojos exóticos, fijos en el gris feo de las agua—. Tal vez esté desafiando algo demasiado terrible incluso para un hombre como usted, Mann.

—Sí, pudiera ser. Pero si no descubrimos previamente lo que ello pueda ser, seguiremos moviéndonos en la oscuridad, sin comprender nada y sin saber adonde nos conduce todo esto. Dentro de pocas horas, los auténticos Presidentes y Jefes de Gobierno deben reunirse en otro lugar ya designado previamente para el gran encuentro mundial en la cumbre. Para entonces, quiero saber lo que ocurre, lo que nos amenaza, lo que puede convertir la reunión en una nueva masacre inconcebible. Es más; *necesito* imperiosamente saberlo, para comunicarlo a mi Gobierno.

—Comprendo sus motivos, Mann. Usted es un hombre que no

tiene miedo a arriesgar su vida en una misión. Pero empiezo a preguntarme: ¿es ésta realmente una misión vulgar de contraespionaje? ¿Contra qué clase de poder nos estamos enfrentando? Que yo sepa, ningún país del mundo puede manejar un rayo paralizante que asesine a distancia, ni puede poseer una materia o energía luminosa, capaz de emitir vibraciones que alteren el cerebro, destrocen viviendas y luego regrese, sin extinguirse su luminosidad, hundiéndose en el fondo del mar. No tiene sentido. Sería un arma terrorífica… y casi sobrenatural. Algo fuera de lo terreno.

—Fuera de lo terreno…— repitió Milton Mann, con un suspiro. Inclinó la cabeza, reflexivo—. ¿Quién nos dice que no ocurre algo de eso, Suzzie? ¿Quién nos asegura que todo lo bueno y lo malo procede de nuestro mundo? ¿No serán ciertas las palabras de Hamlet, dirigiéndose a su amigo Horacio, respecto a todas las cosas que en este mundo no entienden los hombres ni su filosofía? ¿O esto que estamos afrontando… procede *de otros mundos*?

Hubo un silencio. Un profundo y largo silencio, lleno de tensión e incertidumbre. Instintivamente, los ojos orientales de Suzzie se dirigieron a la altura, al cielo plomizo, nuboso y triste. Mustió, impresionada:

—De otros mundos… ¿Quiere decir de… de un planeta diferente a la Tierra?

—No lo sé —suspiró Mann, encogiéndose de hombros—. Quizás sea una locura, pero… pero no le encuentro otra explicación razonable.

—¿Es razonable imaginarse algo así, Mann? Somos personas frías, conscientes, acostumbradas a tratar cualquier problema con total serenidad, cerebralmente, sin dejarnos llevar por las emociones, por la imaginación y todo eso.

—Es cierto. Pero me gustaría conocer su versión «cerebral» de este asunto, Suzzie.

—Lo siento —meneó la cabeza ella, sorprendida—. No tengo ninguna.

—¿Lo ve? Si no entendemos lo que sucede, igual puede tratarse de un arma novísima y sorprendente… que de algo llegado del exterior, algo que no pertenece a nuestro planeta.

—Nuestro tiempo es diferente a los demás, Mann. Virtualmente,

el futuro ha comenzado ya para la especie humana. Se ha alcanzado la Luna, se han enviado naves espaciales sin tripular a otros planetas, como Marte y Venus. Los resultados no fueron nada halagüeños. Se parecen sorprendentemente entre sí todos esos planetas. No hay vida, no hay condiciones de vida, no hay nada que haga suponer una forma de existencia racional o inteligente en ninguno de ellos, y, por tanto, tampoco en ninguno de los mundos de nuestro Sistema Solar. Se supone, con bastante fundamento, que en los planetas del Sol no hay vida. En ninguno. No existen mundos habitados vecinos a nosotros, por sugestivo que nos pareciese imaginarlo de otro modo.

—Usted habla de espacios limitados; de nuestro Sistema Solar, Suzzie. Imaginemos que esa cosa, o lo que sea, llegó de otros sistemas solares muy lejanos, dentro de nuestra propia Galaxia… o de otras galaxias más distantes, perdidas en los confines del Universo.

—Sería necesario que eso recorriese el Universo a velocidades fabulosas, posiblemente más allá que la de la misma luz…

—Hasta ahora, Suzzie, sólo he visto luz. Una luz que emite radiaciones y se mueve en el aire. Es lo único que sé. Parece lógico que la luz viaje a la velocidad… de la luz —soltó una breve risa, al tiempo que se bajaba las gafas de inmersión sobre el rostro, bajo el casquete de goma azul oscura de su cabeza—. Pura perogrullada, ¿no?

—Lo entiendo muy bien, Mann. No es tanta perogrullada como pueda parecer. Es más, usted ha sugerido virtualmente que lo que vio en la isla anoche, pudo ser una forma determinada de energía, pero también de vida, una apariencia y naturaleza vital insólitas para nosotros, los humanos. En cuyo caso… incluso podría haber llegado por encima de la mayor velocidad conocida, que es la de la luz. Porque si esa materia, energía o lo que sea, no tiene masa, no se produciría la distorsión infinita de la masa, según la teoría Einsteniana que limita definitivamente al hombre sus conquistas fuera de su mundo, sin posibilidad material alguna de llegar a las estrellas más próximas a nosotros.

—Eso es. No sabemos siquiera lo que estamos presenciando. Pero ciertamente, dudo que sea un arma terrestre. Aunque tampoco me atrevería a afirmar que sea de otros mundos o de otras

civilizaciones. No porque no lo piense… sino porque ni quiero que me crea un visionario, dado a pensar en temas de ciencia-ficción —rió finalmente Mann. Y, tras apoyar en su boca y nariz el sistema de respiración de su depósito de aire en la espalda, se lanzó a las aguas, no sin antes agitar su brazo en una despedida cordial.

— ¡Mann, espere!… —llamó Suzzie. Pero ya era tarde.

Milton Mann se había precipitado a las aguas. Y se hundía en ellas, dejando tras de sí solamente una estela de burbujas, al sumergirse muy hondo en las aguas turbias, color gris plomo.

La muchacha oriental se quedó quieta, sola en la cubierta de la canoa que pusiera a su disposición Sakai anteriormente. Contemplando las aguas agitadas donde se hundiera Milton Mann, sólo Dios sabía en busca de qué… o de quién.

Lentamente, dio media vuelta y regresó despacio a la cabina cerrada, cabizbaja y preocupada por el extraño curso de los últimos acontecimientos.

Todavía se hubiese preocupado más, si hubiera advertido que su figura esbelta, juvenil, atractiva y llena de exótica feminidad, era el centro, el blanco preciso, nítido, de unos poderosos binoculares asestados sobre la canoa que se mecía sobre la superficie en marejada suave de las aguas japonesas en torno a la Isla Togara Sur.

Allá, en la cubierta del yate «Delfín», la mano gruesa, recia, velluda, con los grasientos, anchos y cortos dedos cubiertos de costosos y estridentes anillos de oro o platino, en los que se engarzaban costosas y centelleantes piedras preciosas, bajó los prismáticos lentamente. Unos ojos fríos, duros, de un azul pálido y glacial, se fijaron en la canoa a motor, en cuya superficie no se hallaba ya Suzzie Yeng. Se entornaron las pupilas, calculadoras y meditativas. La boca, de labios gruesos, sensuales, dibujó un rictus que podía ser una sonrisa. Pero una sonrisa cruel, áspera, sardónica.

—La muchacha se quedó sola —dijo con ironía, retrepándose en su confortable asiento del puente. Alrededor suyo, mujeres hermosas, vestidas con llamativos, minúsculos bikinis de vivo color, apenas capaces de encubrir lo preciso en sus turgentes, sinuosos cuerpos plenos de exuberancias lascivas, iban y venían, llevándole refrescos, alimentos y botellas de licor, o llevándose el cenicero repleto de ceniza de sus gruesos cigarros habanos, vasos vacíos y bandejas con cubitos de hielo ya virtualmente derretidos.

—¿Y bien, señor…? —indagó el hombre de tez oscura, cobriza, posiblemente mezcla de razas, tropical y algo orientalizado de rasgos. Como pudiera serio un hombre mezcla de hawaiano y de raza blanca. Vestía traje claro, liviano, corbata ancha, de vivos colores y dibujo estridente. Calzaba zapato blanco y beige, muy pulcro, y su *jipi* enrejado era de color crudo, con banda de tono amarillo limón.

—Mi querido Kimball, quiero que nos ocupemos de esa joven —sugirió lentamente el millonario Luther Maddox.

—Muy bien, señor— asintió Lester Kimball, el esbirro de confianza del hombre poderoso y rico que era en cualquier lugar del mundo el magnate Maddox—. ¿En qué forma?

—Te lo diré a su debido tiempo —sonrió el magnate—. Me preocupa ese individuo, Milton Mann. Y no creo en absoluto que sea lo que dice ser, aunque nuestro personal Servicio de Información nos diga que Mann es solamente un corresponsal de Prensa. Creo que dedicándole a su amiguita, la hermosa oriental de las Naciones Unidas, nuestra mayor atención e interés, las cosas pueden resultar mucho mejor para todos. ¿Conforme con mi idea, mi querido Kimball?

—Yo, señor, nunca opino —habló respetuoso el esbirro de impecables ropas tropicales y piel de mestizo—. Me conformo con hacer mía la opinión de mi amo, que para eso posee más inteligencia y criterio que yo.

—Excelente muchacho, Kimball —rió Maddox, tomando unos granos de uva de su bandeja de frutas, con el deleite indiferente con que podría hacerlo un César de la Roma imperial—. Me gusta tu modo de ser y de pensar. Formamos un equipo perfecto. Espero que resulte lo de esa joven.

—¿Qué espera lograr con ello realmente?

—Espero tener en mis manos a ese Mann, si se pone difícil y peligroso.

—¿Por qué no evitar que él se ponga peligroso? —sugirió Kimball.

—¿En qué forma?

—Acaba de bajar a las profundidades. ¿No sería fácil un… un accidente? Supongamos que se le rompe el conducto del aire, y el señor Mann se va al fondo inexorablemente…

—Es una buena idea, pero peligrosa también. Pueden pensar que… no fue tal accidente.

—¿Por qué habrían de pensarlo? Nada de corte preciso en el tubo, que haría suponer la intervención de un arma blanca. Por el contrario, un rasgón, un corte desigual, como el que produciría una roca, la dentellada de un pez voraz o cosa parecida… y el hombre aparece muerto en el fondo. ¿No es una buena idea?

—No es mala —aceptó Maddox. Se inclinó, pulsando un botón del interfono que tenía sobre la cercana mesa. Dijo, con un suspiro —: Llamaré a los hombres-rana para que desciendan inmediatamente…

* * *

Milton Mann se adentró entre las rocas de singulares formas y la vegetación fantástica, ondulante, que jugaba entre naranjas y verdes, allá en el fondo de las aguas. La claridad era apagada, grisácea, y difuminaba los contornos del bello, impresionante y extraño mundo submarino.

Mann, entre aquella flora bellísima, rodeado por bandadas de peces de mil colores, y viendo a distancia las caparazones parduzcas de grandes cangrejos, típicos de los mares japoneses, langostas y cangrejos huidizos, que reptaban sobre el fondo de arena y rocas pardas, cubiertas de musgo o de líquenes, movía ágilmente su cuerpo, veloz y elástico, sinuoso y reptante como el de una criatura más de las profundidades, buscando algo que ni siquiera sabía lo que podía ser.

Su exploración llegó hasta una especie de puente natural de roca, con un arco elevado y luego un descenso en vertical casi, entre rocas y algas, hacia una profundidad superior. Miró las cifras luminescentes de su reloj submarino. Aún podía descender unas yardas más, sin peligro de que la presión se hiciera peligrosa, aunque entonces ya la luz exterior se diluyó casi por completo, quedando sólo un lejano, leve resplandor azulino, insuficiente para examinar el terreno que atravesaba. Eso era peligroso, y optó por encender la luz de su linterna especial de profundidad, de fuerte proyector blanco, y sujeta a su muñeca derecha con una ancha banda de goma. La batería tenía una duración aproximada de

treinta minutos. Por tanto, no podía abusar de esa luz. Ni de la carga de oxígeno de su depósito, solamente válida para una inmersión de una hora. Tenía limitado absolutamente todo: visualidad, aire respirable y profundidad a alcanzar. Casi estaba en el límite de esta última. Debía de andar con cuidado, para no excederse, perdiendo la noción de su actual nivel descendente, con lo que se vería abocado a una seria situación de riesgo personal, ya que los descensos se hacían a veces un poco instintivamente, sin tener noción exacta de las yardas que el cuerpo descendía fluida y fácilmente. Un desvanecimiento a causa de la presión excesiva, a determinada profundidad, marcaría su propia muerte inevitable. Nadie iba a acudir a rescatarle a aquella profundidad, en modo alguno.

Mann había hecho un cálculo bastante aproximado del lugar donde viera hundirse la luz la noche anterior, pero hasta ahora no hallaba absolutamente nada que pudiera a él servirle de orientación. No se descubría señal alguna de la luz, la oscuridad era muy intensa en aquel nivel, y solamente la luz de su lámpara, debilitada al cruzar las profundas capas de tiniebla interior, le servía de guía en su viaje fantástico entre líquenes, algas, musgos, rocas y peces o crustáceos, a través de una atmósfera azul oscura, de aguas límpidas pero carentes de luz.

El trazo de claridad de la lámpara, taladrando la oscuridad de la sima marina, no hallaba sino paisaje, flora y fauna casi abisal, pero eso era todo.

Rápido, tomó sus precauciones. No quería correr riesgos con nada ni con nadie. Se mantuvo en su lugar actual, y extrajo de su cinturón la única arma que había llevado consigo a las profundidades: una especie de corto fusil de largo cañón y culata fácil de manipular. Disparaba dardos a guisa de arpones para pesca submarina, pero cada uno de aquellos arpones llevaba en su punta una especial carga explosiva que solamente actuaba al clavarse en algún cuerpo la punta del dardo. De ese modo, el animal o persona alcanzado, sufría dentro de su propio cuerpo herido, el estallido de la pequeña carga, capaz de desgarrarle en una profunda y amplia herida. Era un arma ideada por el FBI para cuestiones marinas como la actual. Mann confiaba que esa simple defensa suya, fuera suficiente en el elemento extraño y posiblemente hostil en que

ahora se hallaba inmerso. Pero todo dependía de que esa luz fuese realmente terrestre, y no de otra naturaleza insólita y desconocida.

Mann culebreó en las aguas, revoloteando en torno a la sima oscura donde viera brillar, en su fondo, la luminescencia extraña, súbita, azulada.

Asomó, escudriñador, en alerta absoluta. Su luz se proyectó sobre el fondo, débilmente. Pestañeó, perplejo.

No había luz alguna allá dentro. Solamente algo, una pieza metálica, algo que no parecía emitir claridad ninguna. Le pareció una vieja fracción de algún buque hundido, posiblemente durante la Guerra Mundial. Observó que todo lo que ofrecía aquella superficie de metal, gris oscura, era una posición donde tal vez las aguas o alguna roca, habían provocado un desgaste, permitiendo apreciar un brillo o destello cuando la tocó la luz de su linterna.

Inmediatamente, Mann entendió. Y pegó un vuelco en las aguas, mirando hacia sus espaldas.

Lo hizo muy a tiempo. Muy oportunamente.

Tres figuras vertiginosas, negras, de rostro enmascarado por las gafas submarinas y el conducto de respiración, venían ya sobre él. Esgrimían dos de ellas fusiles submarinos, y el tercero un arma temible: un ancho, largo cuchillo… de filo desigual, como una sierra de dientes deformes, irregulares.

Un corte con aquel cuchillo, rasgaría su conducto de aire mortalmente. Dos fusiles de dardos, podían perforar su traje de inmersión… y su carne de lado a lado.

Ahora sabía que la pretendida luz que viera, era simplemente un reflejo. El reflejo de la luz de un proyector o linterna submarina, enfilada hacia él.

Aquella clase de enemigos no tenía nada de ultraterrestre ni mucho menos. Sencillamente, eran tres hombres-rana dispuestos a rodearle y, posiblemente, asesinarle allí, en las profundidades. Tres hombres con una orden de ejecución en el fondo del mar.

Y él tenía que ser el ejecutado.

Milton Mann se deslizó veloz hacia el fondo, luego volteó el cuerpo, y se deslizó en vertical, para trazar un zigzag violento y apartarse de la zona de disparo posible.

¡Zuuuummmmmm!

El dardo o arpón enemigo zumbó en las aguas, buscándole

aviesamente, con una estela de burbujas rabiosas. No le alcanzó de puro milagro, silbando por encima de su cuerpo en maniobra, para terminar golpeando una roca cubierta de algas, donde se melló su punta y luego el arpón descendió, dando lentos tumbes, hacia una sima submarina.

Rápidamente, el segundo de sus enemigos se le vino encima, asestándole su arma, y apretando también el disparador, a muy corta distancia. El arpón brotó, con otro largo, violento zumbido. Se le vino encima.

Mann sólo tuvo tiempo de pegar una voltereta, sobre sí mismo, girando vertiginoso, y eludiendo por instantes, por apenas milésimas de espacio y de tiempo, el impacto de muerte en su cuerpo. Aun así, sintió el crujido áspero de la gruesa goma de su traje de inmersión, hendido por la punta de acero, aunque sólo superficialmente.

Simultáneamente, vio venir encima de él, arrollador, al hombre del cuchillo desigual, cuyo tajo produciría el corte de su goma conductora de aire. Y, además, si alguien hallaba alguna vez su cuerpo, cosa que sucedería posiblemente por el interés federal en recuperar a su agente perdido, juzgarían que la goma se rompió accidentalmente, rasgado por cualquier desigualdad rocosa del fondo. Esa clase de cuchillos tenían esa ventaja para el agresor. Nunca parecía un acto premeditado y criminal. Habían medido bien su ataque los tres desconocidos.

Mann eludió con otro giro brusco el acoso del enemigo, observando que el cuchillo pasaba cerca de su goma conductora, al tiempo que los otros dos adversarios disponían otros dardos en sus fusiles submarinos, para acosarle hasta la muerte.

Temió no estar capacitado, pese a sus facultades excepcionales, para vencer a tres enemigos tan bien equipados, en un ambiente adverso, como era el fondo del mar.

De cualquier modo, disparó su propia pistola submarina. Logró alcanzar a su enemigo, el del cuchillo peligroso. Le hirió de lleno, inesperadamente, en pleno torso. El otro dio una voltereta, aferrándose con angustia el arponcillo hincado en su pecho. Inmediatamente, se desgarró su traje de goma y su propio cuerpo, al estallar dentro la pequeña pero mortífera carga explosiva.

Entre un brote de sangre oscura y de humo, el cuerpo humano

osciló, y se alejó, dando tumbos, hacia el fondo del mar. Mann se revolvió velozmente. Apunté su arma contra los que ya venían sobre él a ambos flancos. Logró alcanzar a uno en un brazo. Cuando éste reventó, la sangre escapó tumultuosa, y el brazo pendió, desgarrado, humeante. Pero no llegó más allá. Ya había hecho demasiado.

La mordedura de muerte del arpón enemigo en su pecho, atravesándole el corazón, fue claramente percibida por Milton Mann, que gritó aguda, agónicamente, aunque nadie pudo oírle allá, en la sorda profundidad marina sin sonidos.

Se miró con horror la púa de acero que brotaba de su pecho izquierdo. Justamente atravesaba el corazón. Estaba muerto, y lo sabía. Había llegado al fondo, traspasaba incluso su traje de goma, asomando la púa sangrante por su espalda. Atravesado de lado a lado, con la víscera cardíaca ensartada.

La muerte.

Era la muerte para Milton Mann, agente federal. El dolor de muerte le llegó al cerebro, lacerante y agudo. Se hizo la oscuridad. Se hundió en la negrura del fondo marino, adonde se precipitó dando tumbos. La negrura mortal le acogió en su eternidad. Milton Mann ya no respiraba, tras su último estertor, cuando se sumergió en una sima marina.

Era un simple cadáver con el corazón partido por un arpón submarino.

El superagente había muerto.

CAPÍTULO VI

Despertó.

Despertó, aunque fuese imposible.

Sus ojos se fijaron borrosamente en todo. En principio, la imagen era turbia, muy turbia. Quizás demasiado turbia. Bastaron, sin embargo, unos parpadeos, unos esfuerzos más. Y ya pudo aclarar su mirada, pudo ver en derredor, pudo contemplar las formas, las apariencias en torno.

No tenía sentido. Ningún sentido.

Él estaba muerto.

Lo recordaba muy bien. Muerto y bien muerto. Nadie sobrevive con el corazón atravesado por un arpón. No había error en eso. Sintió el impacto en su corazón, rompiéndoselo. Y cuando el corazón se hundió, algo se hundió en todo él en ese momento. Su vida escapó de modo fulminante. Para no volver jamás.

Y había vuelto.

—No puede ser… —musitó—. Yo estoy muerto… Me… me asesinaron en el fondo del mar. Lo recuerdo bien…

Se incorporó. Incluso podía incorporarse. Sintió hasta cierto rubor.

Estaba desnudo. Desnudo por completo. Ni una prenda encima de él. Yacía sobre una mesa transparente, como de vidrio. Pero suspendida del vacío. No tenía soportes ni patas. No se explicó cómo se sujetaba en el aire. Posiblemente por medios magnéticos, simplemente.

A su alrededor, los muros eran desnudos, metálicos, de un color muy claro. La luz no venía de ninguna parte en concreto. Llegaba

de todos lados. Todo era luminoso, claro, diáfano.

Se contempló el torso. El pecho, a la altura de su tetilla izquierda.

No. No había error posible. Ningún error.

Allí estaba la herida. Su herida. La cicatriz o costura. Cauterizada ya. Cicatrizada por completo, en forma de una ancha, larga, profunda incisión ya cosida y de tono lívido.

De no ser por eso, hubiera dicho que nada sucedió. Pero la cicatriz estaba allí. Podía palparla ligeramente, sólo con apoyar los dedos sobre ella. Un leve relieve, una suave prominencia.

Tocó, con un esfuerzo que no pareció dañar en absoluto su corazón desgarrado, la espalda a la misma altura. Otra prominencia leve. Otra cicatriz. De lado a lado. Le atravesaron con un arpón submarino, disparado a corta distancia. El corazón por medio.

Se tocó, comprobando su palpitación. Funcionaba perfectamente. Contó las palpitaciones. Eran las adecuadas. Ni exceso ni carencia. Funcionamiento cardíaco perfecto.

—Imposible… —gimió—. ¡Imposible!

Pero era posible. Vivía. A no ser que esto… esto fuese la Muerte.

Contempló las paredes diáfanas, la atmósfera luminosa y límpida, la mesa flotante, su desnudez… No, no creía que la Muerte fuese así. No lo creyó nunca, pero…

Repentinamente, la puerta se abrió.

Porque había una puerta. Invisible hasta entonces en el muro terso y claro, pero la había. Entró alguien. Un hombre. Nadie anormal, nadie fantástico. Un hombre, sencillamente. Y, además, un hombre conocido.

—Hola, señor Mann —le saludó.

Milton casi pegó un respingo. Se irguió, sintiéndose más desnudo que nunca, ante la mirada frígida, indiferente, de su visitante hermético.

—¡Capitán Matsu Sakai! —gritó con estupor—. Usted…

—El mismo —sonrió benignamente el oriental—. ¿Sorprendido, señor Mann?

—Decir eso es decir muy poco. ¿Sorprendido, dijo? Me atravesaron el corazón en el fondo del mar, supe que había muerto… y despierto aquí. Con vida, sin huellas de la tremenda herida, salvo dos leves cicatrices de entrada y salida… y encima le

veo a usted. ¿Cómo sucedió? ¿Qué magia pudo curar un corazón partido? ¿Cómo me devolvieron a la superficie sano y salvo?

El capitán japonés sonrió levemente. Se inclinó, cortés.

—¿Quién ha dicho que le devolvieran a la superficie, señor Mann? —indagó.

—Bueno, supongo que tuvo que ser así… —jadeó Mann—. A no ser…

—A no ser… ¿qué?

—A no ser que esté… a bordo de un submarino de la Armada japonesa… o americana.

—Ni una cosa ni otra, señor Mann. Pero no volvió a la superficie. Aún no.

—¿Entonces…? —solicitó, perplejo, Mann.

—Entonces, señor Mann, le tendré que decir lo que ocurre. Usted sigue en el fondo del mar, no le quepa duda. Convalece de su herida que, efectivamente, logró atravesar su corazón, casi partiéndolo en dos. Una herida mortal, sin duda alguna.

—¿Se está burlando de mí, capitán?

—¿Burlarme? No, no. Usted mismo admitió que eso es cierto.

—Pero es que no puede ser cierto. ¡Yo no puedo estar vivo, si las cosas sucedieron de ese modo, capitán, y usted lo sabe!

—Yo sólo sé que dijo la verdad completa, señor Mann. Las cosas sucedieron como usted ha explicado. Pero lo cierto es que usted vive… y está sano. Su corazón funciona perfectamente. En poco tiempo, incluso sus cicatrices desaparecerán sin dejar huella.

—O yo estoy loco, o lo está usted… o lo estamos todos —gimió Mann, estupefacto.

—¿Usted cree? —sonrió Matsu Sakai con una leve sonrisa, inclinándose ceremonioso. Pareció advertir por vez primera su estado actual y murmuró—: Perdone. Vino directamente del quirófano a aquí. Olvidé sus ropas. Le traerán inmediatamente algo que ponerse, aunque no sea su traje de inmersión…

—¿Dónde estoy, capitán? —pidió Mann, dominando sus mil interrogantes, el desconcierto total de su mente—. Al menos, respóndame a eso…

—Está usted en un lugar seguro. En nuestra nave, señor Mann.

—¿En qué nave?

—Usted descendió al mar buscándola, recuérdelo. La luz que

flotaba sobre la isla, ¿ya lo ha olvidado? Buscaba una luz, una esfera de claridad, no una nave. Pero ambas son una misma cosa en realidad. Puede decirse, para que lo entienda mejor, que ahora, en este momento… está usted dentro de la esfera de luz que vio anoche.

Y sin aclarar más, ante el estupor mudo de Mann, desapareció de nuevo por la puerta del muro diáfano.

* * *

—¿Mejor así?

—Sí, capitán Sakai. Mucho mejor, gracias —suspiró, contemplando sus ropas. Sencillamente una camisa y un pantalón. Iba descalzo. Sin nada encima, salvo esas prendas. Le siguió por el corredor largo y tortuoso, pero sorprendentemente luminoso y límpido, en una atmósfera ligera, límpida, donde daba la sensación de que uno podía elevarse, flotar, volar incluso…

Permanecieron unos instantes en silencio, caminando uno junto al otro. De repente, el oficial nipón habló:

—Me temo que está usted confuso, lleno de dudas, de perplejidades, y que realmente no tiene la menor idea de lo que está sucediendo a su alrededor, de lo que ha sucedido antes.

—Muy agudo —se mofó Mann, sarcástico—. ¿Qué esperaba que pensase, capitán?

—Sí, resulta lógico que se encuentre sumido en la mayor perplejidad. Noto sus intenciones desde hace rato, señor Mann. Usted está intentando leer en mi mente. Es telépata y sabe manejar su cerebro con potencia y buen sentido.

—De modo que hasta eso ha notado… —Mann enarcó las cejas, parándose y mirándole con vivo estupor—. ¿Qué sucede aquí? ¿Qué clase de hombre es usted?

—Ninguno —sonrió Sakai—. No soy un hombre. Nunca lo fui. No soy un ser humano, Mann.

Milton pestañeó. No se mostró atónito o incrédulo. Había superado ya ese estado de ánimo con creces.

—Bien —resopló—. ¿Qué es, entonces?

—Usted lo vio anoche. Luz. Pura energía, materia intangible, en forma luminosa para sus ojos. Emitimos radiaciones muy poderosas,

que podemos graduar y controlar.

—Radiaciones asesinas. Radiaciones que matan, capitán… o quien usted sea —acusó Mann, rotundo—. Recuerde la masacre de esta isla.

—Ya hablaremos de eso a su debido tiempo, Mann —rió el oficial nipón—. Realmente, usted está a bordo de una nave que solamente para sus sentidos humanos tiene forma, apariencia, partes sólidas y todo eso. Sencillamente, nos hemos adaptado a usted, para que no se vuelva loco, metido en un núcleo de materia viva, y rodeado de pequeños núcleos independientes de igual materia… que somos *nosotros*.

—De modo que su apariencia humana, es también eso solamente: apariencia.

—Sí, sólo eso. Ante usted, me muestro como alguien completamente físico. Es una capacidad que poseemos. De otro modo, este diálogo sería imposible.

—Y ustedes… me curaron.

—Eso es.

—Digamos más. Me… resucitaron. Volví de la muerte.

—Simple muerte física —se encogió de hombros Sakai—. No es difícil para nuestra cirugía.

Regenerar tejidos dañados, sin necesidad de substituirlos. Un juego de niños. Es como cuando crece el cabello. Corta usted unos, y surgen los mismos con más fuerza. Eso sucedió con su piel, su sangre, su corazón, sus tejidos todos. Elemental para nosotros, Mann.

—Elemental… —soltó un bufido Mann—. ¡Uff, quién lo pensara!… Si alguien escuchara eso, no iba a estar de acuerdo…

—Lo imagino —rió Sakai—. Pero usted sabe que es cierto. Es lo bastante inteligente para saber que estaba muerto. Irremisiblemente muerto, cuando le recuperaron nuestros… bueno, digamos nuestros hombres, del fondo de una sima submarina. Al mismo tiempo, nos ocupamos de sus agresores, el que sobrevivía ileso y el del brazo herido.

—¿Qué les sucedió?

—Muertos, naturalmente —suspiró el japonés—. Definitivamente muertos. Ellos no tuvieron tanta fortuna como usted. No la merecían, además. En absoluto.

—Me hubiera gustado saber quién los envió a por mí. Primero pensé que procedían de un mismo origen: el de la luz sobre la isla.

—Puedo asegurarle que no. Nosotros no utilizamos asesinos a sueldo. No los necesitamos.

—Supongo que no. Les basta paralizar hasta la muerte a las personas.

—Le dije que hablaríamos de eso a su debido tiempo, Mann —replicó Sakai, incisivo—. Pero sepa que tiene enemigos que no somos nosotros.

—¿Son ustedes mis enemigos?

—No lo sé. Es usted quien debe juzgar todavía. Nosotros no estamos habituados a… a las cosas de su mundo.

—De mi mundo… Eso significa que ustedes son de otro mundo diferente.

—Por supuesto. Lo sabe muy bien. Ha podido confirmarlo ya. Somos… alienígenos. ¿No utilizan ustedes esa extraña palabreja para definimos? Digamos que somos «extraños», «visitantes»… o como le guste llamarnos.

—¿Invasores?

Hubo una pausa. Un silencio. Sakai meneó la cabeza negativamente.

—No, Mann. Invasores, no —dijo al fin con tono grave.

—No parecía muy seguro de eso.

—Es que usted tiene un concepto diferente de las cosas. Virtualmente, hemos invadido su mundo. Es más: admito que estamos extendiéndonos, y que ocupamos muchos puestos clave en este momento, sobre la superficie de su planeta Tierra.

—¡Puestos-clave! —Mann se irguió, sobresaltado—. ¿Quiere decir que han logrado irse introduciendo en nuestra vida, en nuestra sociedad, e incluso en nuestra política?

—Aproximadamente, eso es —aceptó Sakai suavemente—. Pero no se alarme. No crea en sensacionalismos alarmantes. Parece que ustedes, los hombres, tienen la obsesión de la violencia, del belicismo a ultranza, de las ideas agresivas… No todo el visitante, el forastero, ha de ser un… un «invasor» o un «agresor». ¿No pensaron jamás en visitas científicas o curiosas, forzadas o planeadas con miras diferentes a la pura invasión?

—Me temo que nadie pensó nunca en eso. Ni ustedes nos están

dando ahora pruebas de lo contrario, puesto que vienen atacando con rayos o radiaciones de muerte… ¿Es esa la forma de entender la visita cortés y amistosa que tienen ustedes quienesquiera que sean y vengan de donde vengan?

—Le dije sobre todo eso, que hablaremos luego— se detuvo ante un muro hermético, luminiscente, que no parecía poseer puerta o abertura alguna. Pero poco después, empezaba a deslizarse un panel, dejando una abertura a otra cámara de luz radiante. Sakai le invitó cortésmente—: Pase, Mann. Ahora llega el momento de que sepa lo que realmente sucede con ese rayo paralizador que convirtió en estatuas a los habitantes de esta isla… y que anoche vio usted que destrozaba una vivienda japonesa de la que estaba demasiado cerca en su atrevida incursión. Y las cosas no serán como imagina, ya lo verá.

—Ante todo, dos preguntas aún, Sakai —cortó Mann, antes de entrar en la puerta a la que le invitaba el gesto del japonés—. ¿De dónde proceden ustedes exactamente?

—De otro lugar en el Universo —dijo vagamente él—. Lejos, muy lejos de aquí… La energía pura no tiene límites de distancia, tiempo o espacio.

Sencillamente, se desplaza en el infinito de un modo que ustedes, los seres físicos, jamás podrán alcanzar en la limitación a que les somete su propia naturaleza. Llegamos de una estrella que ni siquiera conocen, en una galaxia remota… No se preocupe por ello, Mann. Nunca oirá hablar de ella, por mucho que viva. Ni siquiera sus más gigantescos radiotelescopios llegarán jamás a vislumbrarla. Es la desgracia de su Humanidad, por lo demás inteligente y capaz de grandes conquistas. Pero hay fronteras que no pueden salvarse, Mann. No por ustedes, ciertamente…

Ahí terminó lo que le refería Sakai. Como hipnotizado, Mann escuchaba aquella increíble, fantástica y, a la vez, tremendamente simple explicación de un hecho insólito, fuera de todo lo razonable hasta el momento.

—Queda la última pregunta, Sakai —dijo lentamente, dominando su estupor, su propia desorientación—. Usted… ¿usted existe realmente como el capitán del Ejército japonés Matsu Sakai… o ha sido una pura invención de ustedes?

—¿Invención? —meneó la cabeza, pensativo, preocupado—. No,

Mann. Eso es lo que también a nosotros nos está prohibido. Tenemos nuestras limitaciones. Podemos fingir, duplicar a un ser vivo, reproduciéndolo exactamente… en apariencia, claro. Interiormente, no poseemos ninguno de sus tejidos, ninguna de sus formas de vida: sangre, vísceras, proteínas, células… Nada de nada, Mann. Sólo una envoltura vacía. La apariencia física de alguien cuya imagen copiamos, igual que su voz. Lo demás, es o que somos nosotros: energía viviente, una forma de cerebro y de pensamiento totalmente inmaterial, hecho de radiaciones y de impulsos. Vea eso. ¿Lo entiende ahora?

Milton Mann miró dentro de la cámara adonde había sido introducido. Y lo entendió. Lo entendió casi todo, cuando vio, tendidos en una especie de urnas de vidrio o materia similar, dotada dentro de límpida luz blanca, cuerpos conocidos, humanos, como en letargo o estado de hibernación: el capitán Sakai, un exacto «doble» del que le hablaba ahora, un sargento del Ejército japonés, algunos soldados… y algo más allá, hasta seis hombres de rostro popular en todo el mundo, de físico difundido por todos los diarios y cadenas informativas de Prensa, Radio y Televisión.

Eran los seis dirigentes mundiales que se habían reunido en Togara Sur. Es decir, sus «dobles», sus sosias para el ensayo general de la conferencia en la cumbre…

—Nos engañaron —dijo fríamente Sakai—. No son los verdaderos. Pero ahí siguen. Estábamos esperando a que llegase la nueva conferencia, la auténtica. En realidad, seguimos esperando, para repetir el golpe y quedarnos con los auténticos dirigentes de este planeta.

—Pero… ¿por qué? —jadeó Mann—. ¿Para qué?

—Señor Milton Mann, pregunta demasiado —sonó una voz metálica, hueca e impresionante, que hizo vibrar todo su cuerpo, a espaldas de él—. Pero por esta vez, voy a contestar a su pregunta. Creo que necesita una explicación completa de todo lo que no entiende…

Milton Mann se volvió vivamente. Lanzó un ronco grito de estupor. No podía dar crédito a sus ojos deslumbrados, que miraban fijos ante sí, a aquel que acababa de hablar…

CAPÍTULO VII

Suzzie Yeng se volvió, inquieta, sorprendida.

—Es mejor que no intente nada —dijo la fría voz metálica—. O morirá, señorita Yeng.

Suzzie contempló con ira y sobresalto el arma automática en manos del hombre que la amenazaba, así como los dos rifles provistos de silenciador voluminoso, lo mismo que la pistola, en manos de los dos esbirros que venían con el hombre de tez cobriza, de mestizo eurásico, y ropas impecables, muy claras y livianas.

—¿Qué significa esto? —preguntó ella agria, altivamente—. ¿Quiénes son ustedes?

—Es mejor que no pregunte nada —replicó el otro, con sequedad—. Vea nuestras razones, preciosa jovencita. Supongo que no va a oponerse a que hagamos lo que nos parezca conveniente.

—Me temo que no podré hacerlo, si siguen con esas… razones —señaló despectiva las armas—. ¿Tanto miedo tienen de una mujer solitaria, que necesitan ser tres, todos armados, y lanzando amenazas estúpidas? Es ridículo a mi juicio…

—Conque desafiando, ¿eh, gallito? —se irritó el de la automática. Se volvió a sus dos compinches—. Salid afuera, a la cubierta de la canoa. Yo me ocuparé solo de ella. Me basto para eso. Vamos, largaos.

Ellos se retiraron silenciosa, dócilmente. Los ojos de Suzzie relampaguearon. Se fijaban en su adversario con frialdad.

—Debí imaginarlo —masculló.

—Imaginar, ¿qué? —replicó Lester Kimball, el segundo de Maddox, el magnate del yate «Delfín».

—Que el peligro no venía del espacio exterior ni de ningún planeta. Son hombres, seres de carne y hueso, ¿verdad?

—¡El espacio exterior, otro planeta!… —soltó Kimball la carcajada—. ¿Quién le contó ese cuento, preciosa? ¿Lo vio en la televisión o lo leyó en una novela de fantasía científica?

—Ni una cosa ni otra —suspiró ella—. Imaginé, sencillamente, que la noche de la Medusa, era cosa extraterrena.

—¿La noche de… la Medusa? —Kimball parpadeó, aturdido—. Preciosa, pareces china, pero hablas en griego. No entiendo nada de nada. Pero desde luego, no hay aquí marcianos ni nada por el estilo. Vamos, acompáñame.

—¿Adónde?

—Es cosa mía. Tengo ahí la canoa donde te conduciré a presencia de alguien que desea verte. Es una invitación amistosa, claro.

—Oh, claro. ¿Y si el invitado se niega a ir?

—Entonces… deja de ser amistosa, eso es todo. Supongo que preferirás lo primero, ¿no?

—Por supuesto —asintió Suzzie, dócilmente—. Vamos ya. No queda otro remedio.

Echó a andar. Pasó delante de Kimball y comenzó a subir la escalera metálica, de cinco peldaños, que conducía de la cabina a la cubierta. Detrás, iba Kimball con su arma.

De súbito, Suzzie Yeng se convirtió en un torbellino violento.

El torbellino entró en acción de forma totalmente imprevisible para el mestizo, que de repente se vio lanzado atrás, al igual que su arma, escapada de su mano, tras el inverosímil salto de la oriental, golpeándole con sus dos talones en el rostro y la mano, matemática y duramente. Rodó escalones abajo, desarmado, y el brinco de perfecta karatista de Suzzie, terminó en un ágil planeamiento sobre Kimball, a quien aplastó dos mazazos de sus pies expertos, en pleno mentón e hígado. Jadeante, resoplando, Kimball se quedó inmóvil, encogido, vencido por la experta luchadora que era Suzzie Yeng.

Se inclinó ella, tomando el arma. Empuñando la automática, corrió escaleras arriba, y asomó previsoramente al exterior. De súbito, algo se puso en su nuca. Un frío cilindro metálico, que la inmovilizó

—Será mejor que suelte el arma, jovencita —dijo uno de los esbirros de Kimball—. Ha podido con el patrón, pero nosotros no nos fiamos de usted en absoluto. Por eso esperábamos a ver qué sucedía…

Otro de los hombres armados, emergió tras el timón, asestándole su arma. Suzzie supo que podía matar a uno, pero el otro la eliminaría en el acto. Era mejor ceder. Y lo hizo así. Tiró el arma a la cubierta.

—Está bien —suspiró, con una sonrisa—. Perdí. Lo admito. Vamos adonde desean llevarme. No salió bien, pero ha valido la pena…

—Seguro —asintió uno de ellos—. Es usted una tigresa, encanto. Lo tendremos en cuenta en lo sucesivo…

La empujaron a golpe de arma, sin confiarse esta vez. Suzzie supo que no habría ya otra oportunidad. Y al subir a la canoa que esperaba junto a la suya, miró al mar gris e inclemente. Del que Milton Mann no había vuelto ya…

* * *

Milton miró glacialmente ante sí. Dominó al fin su sorpresa.

—De modo que van a responder a mis preguntas —dijo.

La enorme, deslumbrante esfera de luz vibrátil de donde surgiera la voz metálica, pareció contraerse, al emitir cada sonido, convertido ahora en audible y clara voz metálica, expresándose en su propia lengua con perfecta entonación:

—Le dije que se lo merece, Mann. No quiero que haya malentendido entre nosotros. Somos amigos, en cierto modo.

«En cierto modo…», meditó Mann. «No sé cómo. Más de cien muertos nos separan.

—En su modo de ver las cosas —siguió impávida la esfera de luz radiante, flotando en la vasta nave o sala donde se hallaba ahora con Sakai. Aquella luz parecía flotar, colgar del vacío, convulsionándose con las vibraciones transformadas en voz humana o remedo perfecto de ella—: Lo cierto es que usted estaba muerto y ha resucitado. Los hombres que ve ahí, en vida suspendida, pueden despertar cuando queramos, y volver a su mundo. Nadie ha sido despojado del derecho a vivir.

—¿Y los habitantes de la isla? Yo he visto docenas de seres sin vida, paralizados, muertos… Y fue obra suya. De su terrible poder destructivo…

—Está en un gran error. Un tremendo error, Mann. No hemos sido nosotros los que destruimos la vida en esa isla, ni los que causamos la muerte a distancia, como usted supone.

—Miente ahora, quienquiera que sea —rechazó Milton—. Son culpables. Admiten poseer la facultad de paralizar a los humanos,

de provocar esas radiaciones que anulan el cerebro. Es la prueba de su culpabilidad. Una prueba rotunda e indestructible.

—Lamento defraudar sus sospechas, Mann. No somos responsables más que de haber facilitado, sin nosotros saberlo, la actividad de unos asesinos astutos y despiadados. En realidad, sí podemos paralizar a un ser viviente. Pero eso es todo. Se le somete a un letargo, durante el cual su cuerpo reposa como en trance. Después, recupera su normal función física, sin problemas, y como si hubiera tenido un largo sueño reparador. Eso es todo en realidad.

—Aquella gente no dormía. Estaba muerta.

—Lo sabemos. Lo hemos sabido demasiado tarde. Pero no fueron nuestras radiaciones. Por una circunstancia asombrosa, o quizá porque alguien más tenía interés en esa pretendida conferencia en la cumbre, que no fue sino un simulacro en esta ocasión, coincidimos aquí dos fuerzas antagónicas y poderosas; la nuestra, que sólo busca la paz, que sólo desea que los hombres se den cuenta de lo que significa vivir sin guerras, sin conflictos, sin poner nunca en peligro la armonía maravillosa de los mundos universales. Y la de alguien con intención agresiva, dispuesto a destruir la conferencia cumbre, a aniquilar a sus miembros. Que se hubieran librado providencialmente, de no haber sido duplicados exactos o poco menos dispuestos por sus sistemas de Seguridad, gracias a nuestra previa intervención, adormeciendo a todos y llevándonos a quienes creímos conveniente estudiar y someter aquí dentro a operaciones mentales especiales, que les diese un sentido más claro de las cosas, un mayor deseo de solidaridad humana y de pacifismo a cualquier precio.

Milton Mann se sentía asombrado por la posibilidad increíble que abría ante él aquella sorprendente revelación de la masa de energía en acción.

—Según eso…—musitó—. Según eso, ustedes… sólo habrían causado la inmovilidad de las gentes… que después fueron muertas a distancia por un arma también paralizante.

—Yo no lo diría así. Nuestra energía sí es paralizante. Pero el arma empleada por esos asesinos debe ser una especie de energía destructora de células cerebrales, bloqueadora de sistemas nerviosos y circulatorios, que provoca la muerte, posiblemente por contaminación del aire. Un aire que súbitamente se hace nocivo,

dañino, y que elimina toda vida humana.

—Según eso, los responsables de esa forma de muerte son los que torpedearon mi canoa.

—Exacto, Mann.

—Y los que volaron la vivienda japonesa de ese viejo Seiju Bondo…

—Exacto. Nuestra esfera de luz lo que hizo fue avisarle, advertirle de que era vigilado a distancia en sus movimientos, y se proyectaba volar la casa por medio de un proyectil teledirigido, de pequeño tamaño y gran poder destructor. Nosotros solamente hemos intentado protegerle, como al enfrentarse a los asesinos hombres-rana, en el fondo del mar, no lejos de esta nave.

—Cielos, resulta increíble… Unos invasores que sólo buscan nuestro bien… ¿Por qué motivo eso? ¿Qué ganan con ello ustedes?

—No somos egoístas. No tenemos sentimientos índigos. En realidad, somos pura energía, pensamiento intangible, Mann. No necesitamos nada para nosotros. Tenemos cuanto queremos, menos… menos un mundo habitable.

—¿No tienen su propio planeta?

—Lo tuvimos. Una estrella donde la materia era energía, pero donde los pensamientos no eran todos tan puros. Allí hubo también guerra. Otra clase de guerra, claro. Las cosas en otros lugares son muy diferentes a como ustedes imaginan. Tuvimos que huir en nuestra nave errante, antes de que la estrella se hiciera añicos, a causa de esa conflagración. Desde entonces, vagamos por el Universo, buscando una estrella favorable para nosotros. Me temo que seguiremos durante una eternidad buscándola. No es fácil hallarla, créame.

—Pero merecen encontrarla —suspiró Mann—. Sé que la encontrarán.

—Gracias por sus buenos deseos —la esfera de luz energética, la extraña e inconcebible «criatura» de otra galaxia y otro concepto de vida inteligente, flotó, con vibraciones más intensas—. Ahora, utilizando nuestro poder telepático, el que nos permite transmitir a usted toda forma de pensamiento en su propia lengua, puedo revelarle algo que acaso le preocupe.

—¿Qué es eso?

—Su amiga, una joven de otra raza… ha sido hecha prisionera.

—¡Prisionera! ¿Por quién? —se sobresaltó Mann.

—Los mismos culpables de todo, Mann… Los hombres del arma letal. Están a bordo de un navío, un yate…

—¡El «Delfín»!

—Sí, ése es su nombre.

—Luther Maddox… Era él. Era él, como me temía…

—Sí, es cierto. Ése es el hombre, según parece. ¿Qué quiere hacer ahora, Mann? Estamos dispuestos a servirle, a ayudarle en cuanto precise. Su enemigo es demasiado poderoso para usted solo.

—Sólo pido una cosa por el momento.

—¿Cuál?

—Ir al barco de Maddox, adonde está ahora Suzzie. ¿Puedo conseguirlo?

—Eso estará hecho en breves instantes, Mann. Ya le dije que puede pedir lo que quiera. En esta circunstancia, somos sus aliados. Va a ir a bordo de ese yate. Ahora mismo…

CAPÍTULO VIII

Luther Maddox, el hombre de las manos enjoyadas, el magnate de las grandes industrias bélicas, pegó un respingo.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Dónde lo encontraron a él?

—Junto al yate, señor —informó Kimball—. Pretendía subir a bordo. Le ayudamos a ello.

—De modo que sobrevivió…—Maddox miró perplejo al prisionero, al hombre alto, fornido acerado y sorprendente, que le mostraban ahora, esposado y bajo la amenaza de las armas de fuego de sus esbirros —Mis hombres-rana no han vuelto. Y él… regresa a la superficie después de horas enteras allá abajo. ¿Cómo lo hizo, Mann?

Milton Mann, hermético, inexpresivo, contempló a Maddox fríamente. No dijo nada, no despegó los labios.

Maddox se puso furioso. Kimball abofeteó repetidamente al preso. Mann lo soportó sin rechistar siquiera. El magnate se irguió, enfurecido.

—Mann, ¿qué buscaba a bordo de mi yate? ¿Quién es usted realmente?

No hubo respuesta. Nuevos bofetones. Nuevos zarandeos. Mann se mantuvo imperturbable.

—Debe ser un agente americano, seguro —mascculló Maddox, furioso—. No debe salir vivo del yate. Ni tampoco esa bella joven oriental. ¿Dónde está ahora?

—La interrogan abajo —explicó Kimball—. Con el suero de la verdad. Hablará. Lo dirá todo.

Kimball tuvo razón. Momentos más tarde, un hombre vestido de negro subía a cubierta y cuchicheaba algo a Kimball. Éste miró al impávido Mann con frialdad. Informó a Maddox:

—Ella habló. Son agentes de Seguridad. Los dos. Él sirve al FBI americano. Agente especial. Superdotado física y mentalmente. Muy peligroso.

—Peligroso, ¿eh? —Maddox le contempló, irritado—. Vamos a comprobar eso sin lugar a dudas. Llevémosle abajo, con la chica. Torturadle antes de darle muerte. Que hable, por superdotado que

esté.

Mann no reaccionó al ser empujado hacia abajo. Se le introdujo por una escotilla. Descendieron a una planta inferior, y avanzaron por un corredor de camarotes. Kimball conducía al preso. Maddox cerraba la marcha, fumando nerviosamente un grueso habano.

—Empiece la tortura —dijo.

La tortura comenzó. Mann no exhalaba una sola queja. No la exhaló durante horas enteras de refinado tormento. Suzzie fue obligada a presenciar las formas de tortura imaginadas. Horrorizada, se desvaneció y fue conducida a otro camarote. Prosiguió la tarea.

Mann no se desvanecía. No hablaba tampoco. Los torturadores se miraron entre sí.

—Es incomprensible —dijo uno de ellos—. Debería aullar de dolor. Y estar ya al borde de la agonía, pese a que todo es superficial, pero muy bien calculado y graduado.

—Esperad —mascculló Maddox—. Traed aquí a la chica.

Fueron a por ella de nuevo. Mann le miró, imperturbable desde la mesa de tortura. Avisó con voz metálica:

—Maddox, se acerca su fin. Y el de todos en esta nave. No busque a Suzzie. Se fue.

Reapareció el subordinado de Kimball. Anunció atónito:

—¡No está! ¡Ha desaparecido!

Hubo una conmoción violenta. Miró Maddox perplejo a Mann. Éste sonrió. Furioso, salió del camarote al corredor. Se quedó helado al verse ante el hombre que les cubría a todos con una metralleta.

—¡*Milton Mann*! —rugió, mirando hacia el camarote donde acababa de dejar al «otro» Milton Mann—. ¿Qué significa…?

—Significa, Maddox, que todos sus esfuerzos e ingenios para provocar un conflicto mundial, han fracasado. Vais a volar todos, con esta maldita embarcación llena de aparatos de muerte.

Lívido, Maddox no entendía nada. Kimball tampoco.

—Pero… pero el otro Milton Mann…—jadeó.

—No existe —sonrió Mann—. Es un duplicado. Un ser superior que va a aniquilaros…

Kimball extrajo un arma, tratando de disparar. Una ráfaga del arma automática de Mann le abatió en el corredor de camarotes.

Los demás buscaron parapeto. Maddox se refugió en una puerta abierta…

Pero ya Milton Mann se había arrojado al mar por el hueco de un ojo de buey, desapareciendo entre las aguas. Los disparos brotaron impetuosos, en pos suyo, de todas las armas de los esbirros de Maddox, animados por los gritos estentóreos de éste.

Luego, de repente, una vibración musical, luminiscente, emergió dentro del yate. Gritó con horror el torturador, al ver que el cuerpo de Mann se transformaba en una pavesa de luz, y luego en una chispa viviente, que corría hacia los pasillos.

Después, a bordo del yate, se percibió una vibración terrible, todo el yate se hizo luz fulgurante, intensa… y desapareció en las aguas, hecho pavesas, sin residuos de seres humanos siquiera, tras un centelleo sonoro y estruendoso.

Las aguas quietas, vacías ya, rodearon la embarcación donde se hallaban ahora Suzzie Yeng y Milton Mann, éste recogido del mar por los brazos de la joven oriental.

—Milton… —susurró ella, estremecida, ante la pavorosa escena desarrollada—. ¿Qué es lo que ha ocurrido realmente?

Mann resopló, al pisar jadeante la cubierta. Miró a las aguas, al lugar donde ya no había yate alguno. Y luego, al fondo del mar, donde una luz emergía, radiante, para brotar luego, elevarse, flotar sobre ellos, amistosamente casi, y perderse al fin, hacia el espacio sin fin.

Milton Mann agitó su mano, en una despedida definitiva.

—Adiós, amigos —dijo—. Y que halléis vuestra estrella en el Universo…

Suzzie le miraba, como si estuviera loco. Mann rió, sacudiendo la cabeza.

—Y a te contaré, Suzzie —habló—. Pero no vas a creerlo… En cuanto a los demás… vale más no decir la verdad nunca. No quiero ir a un manicomio… Ah, por cierto. En la isla estarán ya Sakai, su subordinado… y los seis falsos jefes de Gobierno internacionales. Ésos si volvieron a la vida, después de la noche de la Medusa…

—Milton, es todo tan fantástico, tan inexplicable…—Uf, y eso que aún no sabes lo peor… —Mann sacudió la cabeza. Miró a las aguas. Cansadamente, se encaminó a la cabina de la canoa—. Voy a descansar un poco, antes de emitir mi informe a Washington. Y por

Dios que me gustaría saber cómo voy a redactarlo… Después, Suzzie, quizá me encuentre mejor para sumergirme otra vez…

—¡Milton!

—No temas. Esta vez, en busca de una langosta solamente… —rió entre dientes Mann, de buen humor.

E incluso hizo reír a Suzzie, que se dejó coger por la cintura, gustosamente, y acompañó a Milton a la cabina de la lancha a motor.

F I N

Otros títulos de este autor,
recientemente publicados:

BIENVENIDO A CIBERLAND
Espacio 466

UN MILLÓN DE DÓLARES
Espuela 53

UN DÍA DESPUÉS
Espacio 465

Próximo número:

LOS CENTRÍFUGAS

PETER KAPRA

¡Aquel mundo increíble estaba contenido dentro de una inmensa esfera, cuya rotación mantenía un estado de centrifugación a todos sus singulares habitantes!

Notes

[←1]

(1) UNICEF. Institución dependiente de las Naciones Unidas, que se cuida de velar por la infancia de todo el mundo, especialmente la de países subdesarrollados, su mantenimiento, cuidados médicos, alimentos, educación, etcétera.